

Para seguir
Aprendiendo

Vidas
cruzadas,
misterio,
suspense
y algo más...



Mi nombre es: _____

Vivo en: _____



Para seguir
Aprendiendo

Vidas cruzadas, misterio, suspense *y algo más...*

Créditos a la presente edición

Coordinación académica
Maricela Patricia Rocha Jaime

Autoría
Marissa Ramírez Apáz
Juan Bernardo Yáñez Kernke
José Enrique Mier Chapela
Lisuly Nallely Díaz Ávila
Maricela Alba López

Revisión
Maricela Patricia Rocha Jaime
María de Lourdes Aravedo Reséndiz
Gonzalo Hernández Mendiola
Aida Araceli Suárez Reynaga

Coordinación gráfica y cuidado de la edición
Greta Sánchez Muñoz
Adriana Barraza Hernández

Seguimiento al diseño
Jorge Alberto Nava Rodríguez
Ricardo Figueroa Cisneros

Seguimiento editorial
María del Carmen Cano Aguilar

Supervisión editorial
Marlik Mariaud Ricárdez

Revisión editorial
Laura Sainz Olivares
Eliseo Brena Becerril
Alicia Naves Merlín

Diseño de portada
Fabiola Escalona Mejía

Diseño de interiores
Jesús García Morales
Ricardo Figueroa Cisneros

Diagramación
Salvador Carmona Santiago
Mario Armando Vázquez Varas
Jesús García Morales
Norma García Manzano
Ricardo Pérez Rovira
Gabriela Cárdenas Mendoza

Ilustración de portada
Dalia Lilia Alvarado Diez

Ilustración de interiores
Dalia Lilia Alvarado Diez
Juan Jesús Sánchez Muñoz
Cristina Niizawa Ishihara
Nora Adriana Millán Jaramillo
Gabriel Pacheco Marcos
Alma Rosa Pacheco Marcos
Ismael David Nieto Vital
Melquiades González Becerra
Ricardo Pérez Rovira

Fotografía
Ernesto Ramírez Bautista
Pedro Hiriart y Valencia

Para seguir aprendiendo. Antología Vidas cruzadas, misterio, suspenso y algo más... D.R. 2013 ©Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140.

Esta obra es propiedad intelectual de sus autores y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Algunas veces no fue posible encontrar la propiedad de los derechos de algunos textos y/o imágenes aquí reproducidos. La intención nunca ha sido la de dañar el patrimonio de persona u organización alguna, simplemente el de ayudar a personas sin educación básica y sin fines de lucro. Si usted conoce la fuente de alguna referencia sin crédito, agradeceremos establecer ©con nosotros para otorgar el crédito correspondiente.

ISBN *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*. Obra completa: 970-23-0274-9

ISBN *Para seguir aprendiendo. Antología Vidas cruzadas, misterio, suspenso y algo más...*: 978-607-710-251-9

Impreso en México

Índice

Presentación	4
---------------------	----------

Vidas cruzadas	5
¿Lo conoces?	6
Una historia cualquiera	13
¿Cómo aprendieron los maestros?	18
Lo que encuentras a tu alrededor	24
Somos unos y somos todos	29
La verdad acerca de la verdad	33
Una de la vida real	37
Un giro inesperado	39

Misterio, suspenso y algo más	42
El corazón delator	43
La carta robada	50
La casa vacía	75
El marinero de Ámsterdam (Cuento)	93

La realidad atrás de las historias	101
Tragicomedia mexicana 3	102
La hora de la autenticidad	108
La noche de Tlatelolco	110

Presentación

Esta Antología es una recopilación de diferentes y diversos textos que te van a permitir pensar, analizar y reflexionar acerca de la información contenida en ellos.

Mediante la lectura y la revisión que hagas de esta información podrás identificar detalles, factores y elementos que van dando datos para la solución de diversas situaciones problemáticas.

La Antología está dividida en tres apartados en los que, para facilitar su lectura, se aplican estrategias lectoras al plantear una serie de preguntas que posibiliten su revisión.

En el primero de ellos encontrarás lecturas que están muy relacionadas con las actividades señaladas en el Libro del adulto; lecturas sumamente interesantes que te llevan al conocimiento de diferentes personajes, su vida y obra.

El segundo apartado está integrado por una recopilación de lecturas de los géneros policiaco y de misterio que te permitirán abordar cada uno de los casos planteados como si tú fueras el investigador, tratando de identificar aquellos detalles y aspectos que son clave para la solución de los mismos.

El tercer apartado presenta historias derivadas de hechos reales, hechos que impactaron al mundo y que por su importancia se retomaron para inspirar obras literarias.

Todas las lecturas incluidas en este material estarán desarrolladas de tal forma que vayas teniendo una mejor comprensión de la información contenida en ella.

Vidas cruzadas

En este apartado disfrutarás del ingenio, la cotidianidad y la realidad de la vida común. ¿Por qué se entrecruzan las vidas? Descúbrelo por medio de la lectura.

Tendrás la oportunidad de acceder a diferentes lecturas que entretejen la historia de personajes cuyas vidas, por diversas circunstancias y factores, tienen puntos de coincidencia.

En estos relatos se narran hechos de la vida cotidiana de personas de diferentes lugares y generaciones.



¿Lo conoces?



Reflexiona.

¿Qué te dice el título?

¿De qué crees que va a tratar la lectura?



Hace cinco años que Salomón Ortiz dejó la escuela preparatoria cuando apenas la empezaba, porque las clases y materias le parecían aburridas e incomprensibles. Desde chico, a él le gustó más el trabajo en el pequeño taller de carpintería que luego su padre dejó a la familia al morir, cuando Salomón tenía catorce años, y que ahora administran sus hermanos mayores y su madre, doña Sofía. Por supuesto, disfruta el dinero que le queda de vez en cuando para gastar con sus amigos o alguna novia. Además, es bastante bueno jugando al fútbol y ¿por qué no?, alguien importante podría fijarse en él jugando en el club de Iztapalapa y lanzarlo a la segunda división; para empezar, no estaría mal.

Aunque Salomón es hábil trabajando la madera y hasta ha hecho algunas esculturas talladas que gustan a muchos y compran unos cuantos, doña Sofía, a la fecha, no ha dejado de reprocharle los sacrificios que ella hizo para sostener sus estudios, con la esperanza de que por lo menos dos de sus cuatro hijos “salieran adelante”, como ella dice, para que alguno llegara a ser doctor y le atendiera sus achaques.

Salomón tiene 22 años y es católico como sus padres y abuelos, aunque prefiere no ir a la misa dominical. Es un poco más alto que sus dos hermanos varones, pero no muy alto; es muy delgado, de ojos oscuros,

brillantes y expresivos, labios gruesos, tiene el cabello negro y rebelde, la piel morena como su padre y sus abuelos de Zacapoaxtla, en la Sierra Norte de Puebla, y como doña Sofía y sus padres, “zambos”, mezcla de indios y negros de Cuajinicuilapa, en la Costa Chica de Guerrero. Normalmente, Salomón es amigable y de sonrisa fácil, pero sobre todo desde que dejó la escuela, se enoja con cierta frecuencia y entonces pareciera que le aflora una extraña mezcla del espíritu indígena y africano de sus antepasados oprimidos y explota ante lo que le parece injusto.



Reflexiona.

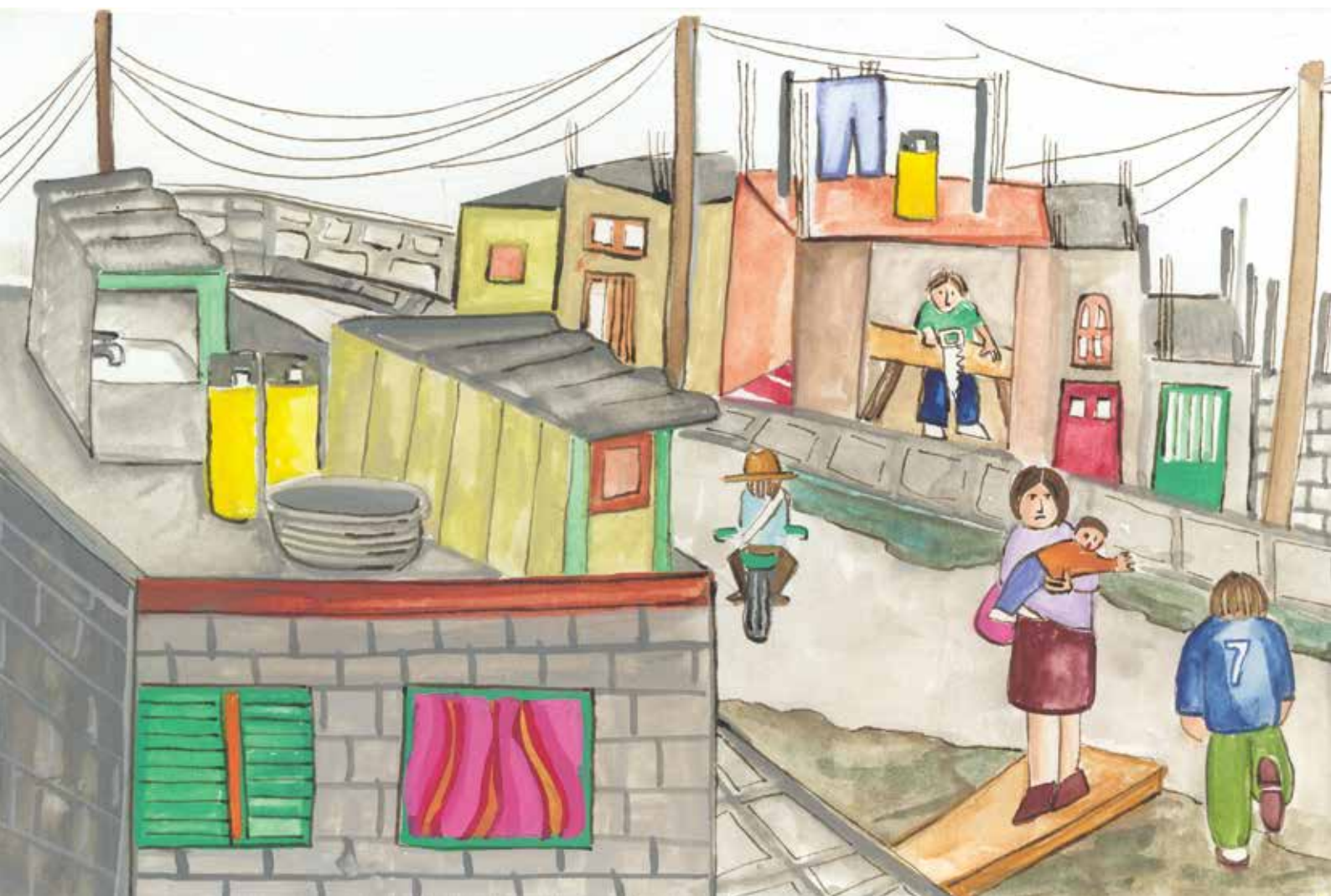
¿Cuáles son otras causas de su enojo?

¿Le hará falta la convivencia con los compañeros de la escuela?

Como tantos amigos de su colonia, Salomón tiene su vida puesta en el día a día del trabajo, el fútbol que practica y disfruta con gran pasión igual que los partidos que transmiten por televisión, y las fiestas o “tocadas”, como les llaman, donde siempre prueba nuevas tácticas para intentar “ligar” una nueva novia. También, como a tantos otros jóvenes, a Salomón no le ha pasado por la cabeza quién será dentro de 10, 20 o 50 años.

A Salomón su barrio lo ha hecho bravo y de puños callosos; no es fácil la vida en las colonias de “paracaidistas” en Iztapalapa, ciudad de México. Hace más de treinta años comenzó uno de tantos asentamientos irregulares en el que decenas de familias provenientes de diversas comunidades rurales del país y hasta centroamericanos tuvieron que organizarse luego de verdaderas batallas campales, golpizas y encarcelamientos, y así lograron poco a poco que las autoridades regularizaran sus predios e introdujeran servicios de agua, drenaje y corriente eléctrica.

Por aquel tiempo se conocieron sus padres. Él recuerda que su padre le contó que veía cómo iban cambiando aquellos campesinos recién llegados, cómo iban perdiendo el hábito de saludar a cualquier persona, la nobleza, la generosidad y la sencillez de sus tierras, a base de golpes y abusos de



policías, distribuidores de drogas, robacoches y rateros de la zona; vio cómo muchos de ellos se iban convirtiendo en los nuevos abusivos. Otros se fueron metiendo al comercio ambulante, a taxistas, mecánicos, obreros, entre otros y, más recientemente, había por ahí algún vecino que estudiaba una carrera y a veces hasta se sabía de alguna fiesta de graduación de un nuevo licenciado. Pero Salomón no envidiaba a nadie; aceptaba de mala gana que no siempre había para las “tocadas”, pero tampoco estaba sujeto al horario de esclavos y horas extras de las fábricas por un salario de todos modos miserable, que a algunos conocidos no les dejaba tiempo ni ganas más que de dormir cuando salían del trabajo.

Actividad A *Después de leer***Contesta las siguientes preguntas.**

1. ¿Salomón Ortiz te recuerda a alguien que conozcas?, ¿a quién?, ¿por qué?

2. ¿Por qué crees que Salomón se ha vuelto más enojón desde que dejó la escuela?

3. A Salomón le gusta trabajar la madera y jugar fútbol, y es bueno en ello. ¿Crees que esas habilidades desde ahora le han resuelto su futuro?, ¿por qué?

4. De lo que leíste, ¿podrías pensar que Salomón es un joven perezoso, sumiso o que se la pasa comiendo? ¿Por qué?

5. ¿Por qué el origen campesino y humilde de los padres y abuelos tiene que ver con la vida de Salomón?

6. ¿Te parece que Salomón puede tener problemas en su vida?, ¿cuáles?

Con la información que tienes, dibuja y colorea el retrato de Salomón. Trata de poner en su cara la expresión que creas más común en él (serio, enojado, alegre...)



7. Con la descripción que leíste y lo que has contestado, ¿qué opinas de Salomón?

8. Ya tienes una primera opinión de Salomón; si estuvieras frente a él, ¿qué le dirías?

Comenta tus respuestas con tus compañeros del Círculo de estudios y con tu asesor.



Actividad B *Los detalles sí que cuentan al leer*

1. ¿Leíste con atención el texto? ¿Cuántas hermanas tiene Salomón?

2. ¿Por qué crees que ella o ellas no hayan estudiado o seguido estudiando?

3. Busca cuidadosamente la información en el texto y usa las matemáticas:
¿Hace cuantos años murió el padre de Salomón?

4. ¿Consideras que doña Sofía es una mujer saludable?, ¿por qué?

5. ¿Qué más te interesaría saber acerca de la vida de Salomón y de su familia?

6. ¿Qué harías para obtener mayor información de Salomón y su familia?

Una historia cualquiera



Reflexiona.

¿Qué te sugiere el título?

¿Qué relación tendrá con la lectura anterior?

Como cada año, Vladimiro Reyes se iba a Tijuana, Baja California, para celebrar con sus hermanos el cumpleaños de su madre. Como siempre, preparaba una maleta lo más pequeña posible para la semana que pasaría con su familia. Pero eso sí, no podían faltar los libros y revistas que devoraba como queriendo recuperar el tiempo que ya no dedicó a estudiar luego del tercer grado de primaria, cuando su padre lo sacó de la escuela para que ayudara en las labores del campo en Sombrerete, Zacatecas.



Reflexiona.

¿Por qué crees que Vladimiro lee a pesar de haber dejado la escuela?

¿Qué situaciones pudieron provocar que sintiera la necesidad de leer?

Don Vladimiro nunca sintió que le hiciera falta practicar la lectura hasta que a los diecinueve años, ya trabajando en los ferrocarriles, las deplorables condiciones de trabajo y los bajos salarios lo llevaron a participar en una huelga en el año de 1959, cuando tuvo que escribir, reproducir y repartir volantes en los que se explicaban las causas del movimiento y sus consignas.

Ahí conoció a El Güero, un colmilludo y destacado dirigente muy severo con los activistas, quien lo obligó a leer, a escribir y a participar en las asambleas, y luego, desde la cárcel donde Vladimiro lo visitaba, lo orientó para continuar formándose permanentemente como autodidacta; le hizo ver que “para construir el futuro, hay que entender nuestro momento, y para entenderlo, hay que entender nuestra historia”, pero El Güero ya no pudo seguir construyendo su mundo en libertad; una neumonía acabó con su lucha en cautiverio.



Reflexiona.

¿Qué semejanza hubo entre las situaciones que tú planteaste y lo que dice la lectura?
¿Vladimiro también se encuentra en la cárcel?

Don Vladimiro llegó esa tarde a la Terminal de Autobuses del Norte, en la ciudad de México, con ese buen humor que lo caracteriza; saludó al conductor del autobús cuando abordó, saludó sonriente a su acompañante de asiento y se acomodó. Eleazar, su compañero de asiento, estaba tan sumido en sus pensamientos que ni se dio cuenta. Cuando el autobús se puso en marcha, a Eleazar le llamó la atención que don Vladimiro ya había sacado dos libros de títulos extraños, una revista y un periódico. Debe haber sido mucha su extrañeza al notar que don Vladimiro tenía una facha humilde, no la de un intelectual de los que salen en la tele, y ni siquiera la de un profesionista que no tendría por qué viajar en segunda clase; de manera que al notar esta extrañeza, don Vladimiro comentó: “Será un largo viaje” y sonrió. Luego le ofreció a Eleazar la revista o el periódico.



Reflexiona.

¿Cuál era el estado de ánimo de Eleazar?
¿Crees que Eleazar acepte alguno de los textos? ¿Por qué?



Cuando notó la tristeza en los ojos de Eleazar, a don Vladimiro no le costó trabajo imaginar la razón de su viaje a Tijuana; después de todo, también sus hermanos se habían ido a Estados Unidos. Además, ya había visto muchas veces en sus viajes esas caras melancólicas de quienes dejan familias y sueños para enfrentarse a lo incierto. Tuvieron muchas horas para platicar, leer y medio dormir, y al despedirse, Eleazar se veía de mejor humor y animado a pesar de lo cansado del viaje, y le dijo a don Vladimiro que le escribiría.



Reflexiona.

- ¿Cuál es la relación entre Eleazar y Salomón?
- ¿Qué noticia leerá Vladimiro este día?

Habían pasado dos años desde aquel viaje y, como todas las mañanas, don Vladimiro salió de su casa, en la colonia Santa Julia de la ciudad de México, a comprar un periódico, y de ahí se fue a los tamales de doña Toña.

En las noticias aparecía una historia más de abusos:

Mexicano muerto a golpes por policías de Los Ángeles

Lo confunden con ladrón. El Gobernador de California afirma que se aplicará la Ley. Eleazar Ortiz, trabajador indocumentado de oficio carpintero, deja un niño de siete meses huérfano en Estados Unidos; en la ciudad de México, su esposa, la señora Sofía Ramírez, y sus hijos Eleazar, Carlos, Araceli y Salomón Ortiz, de entre 14 y 19 años de edad piden apoyo al gobierno mexicano para que se haga justicia.

En la nota periodística decía que llevaba una bolsa de plástico en la que estaría el botín de lo robado, pero solo hallaron un paquete de clavos, pegamento y un libro con el nombre de Eleazar. El libro se llamaba *México Bárbaro* de John Kenneth Turner. Cuando don Vladimiro terminó de leer, pensó que a El Güero le habría gustado saber que alguien más leyó ese libro. Doña Toña, que no perdía ocasión de “echarle el ojo” a don Vladimiro y platicar, volteó a verlo al lado de sus tamales intactos. Doña Toña se sorprendió: “¿Y ‘ora, viejito chillón? ¡Si usted siempre tan contento!”



Reflexiona.

- ¿Por qué le impactó la noticia?
- ¿Cuál es la relación entre esta historia y la anterior?

Después de la lectura

Contesta las siguientes preguntas.

1. ¿Qué utilidad crees que encuentre don Vladimiro en leer periódicos, revistas y libros?

2. ¿Qué efecto crees que pudo tener en don Vladimiro la experiencia de la huelga cuando era joven, para animarlo a aprender más?

3. Escribe cómo te imaginas a El Güero. ¿Qué te dice su apodo, de dónde venía y cómo acabó su vida?

4. Escribe qué entiendes de la frase de El Güero: “para construir el futuro, hay que entender nuestro momento, y para entenderlo hay que entender nuestra historia”.

5. ¿Conoces o has visto alguna persona blanca o “güera”? ¿qué es lo primero que piensas cuando ves a alguien así?

6. ¿Qué observó don Vladimiro en Eleazar para suponer que este se iría a trabajar a Estados Unidos?

7. ¿Por qué crees que Eleazar dejó a su familia para ir a Estados Unidos?

Relaciona la información de las siguientes columnas con base en la información obtenida en la lectura.

Vladimiro Reyes	Trabajador indocumentado de oficio carpintero.
Eleazar Ortiz	Pide apoyo al gobierno mexicano para que se haga justicia.
El Güero	Se iba, como cada año, a Tijuana, Baja California.
Sofía Ramírez	Afirma “Se aplicará la ley”.
Doña Toña	Ya no pudo seguir construyendo su mundo en libertad.
Gobernador de California	No perdía ocasión de “echarle el ojo” a don Vladimiro y platicar.

¿Cómo aprendieron los maestros?



Reflexiona.

¿Qué te dice el título?

¿Te dará un recetario de cómo aprenden los maestros?

Cuando llegaron a la oficina de correos, Jacinto y Julieta encontraron a Berenice preocupada escribiendo una carta. Julieta le preguntó por qué, a lo que Berenice respondió:

—Es que tengo que mandar una carta para pedir información sobre una escuela en la que quiero estudiar, y quiero escribirla muy bien, pero no sé cuándo escribir con mayúscula y cuándo con minúsculas.

—No te preocupes —le dijo Jacinto—, yo te puedo ayudar, porque ya me explicó la maestra Esperancita cómo lo debo hacer.

Emocionada, Berenice le pidió a Jacinto que le explicara.

Jacinto le dijo que había varias reglas para saber cuándo usar mayúsculas. Una es que se escribe con mayúscula la primera letra de la primera palabra de cualquier cosa que vayas a escribir y la primera letra de la primera palabra



después de que escribiste cualquier punto y seguido o cualquier punto y aparte.

—Bueno, eso parece fácil. Pero, ¿y otra regla? —preguntó Julieta, que también se había interesado.

Jacinto les explicó que otra regla era que se escribían con mayúscula todos los nombres propios, apellidos o apodos de personas; los nombres de instituciones o entidades y los de lugares geográficos, países, ciudades, estados, comunidades, regiones, pueblos, calles, ríos, montes, montañas, valles, lagos, mares, etcétera.

—¡Ah, entonces es muy fácil! Gracias. Ahora solo tengo que volver a escribir lo que ya había hecho, pero ahora teniendo cuidado de esas dos reglas —dijo Berenice con un suspiro de alivio, y se puso a escribir.

Cuando salieron de la oficina de correos, Julieta le preguntó a Jacinto:

—¿Cómo crees que la maestra Esperancita aprendió todas las reglas de español que conoce?



Reflexiona.

¿Qué tuvo que hacer para aprender?

—Ella me contó una vez que, cuando estaba en la escuela, leyó un libro que describía cómo era la vida en un lugar del otro lado del mar hace mucho tiempo. Tanto le gustó aquel relato y las descripciones de esos lugares, de la gente que ahí vivía y lo diferente de sus costumbres, que decidió que ella escribiría un libro para dar a conocer a las personas las costumbres del lugar en que ella había nacido. Pero se dio cuenta de que no sabía muy bien cómo escribir, así que le pidió ayuda a su maestro de español para aprender lo que fuera necesario, de modo que pudiera escribir correctamente y de manera clara para que todos entendieran lo que quería decir.

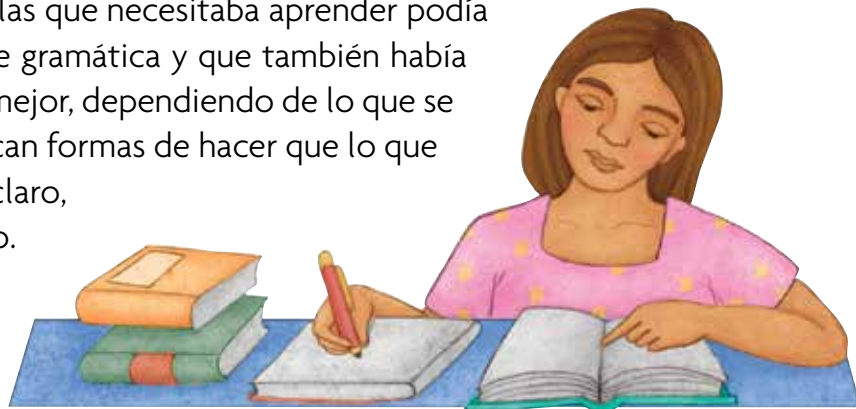


Reflexiona.

¿Qué otras formas existen para aprender?
¿Cómo la apoyó el maestro?

—¿Y qué le dijo el maestro? —preguntó Julieta.

—Pues que todas las reglas que necesitaba aprender podía encontrarlas en libros de gramática y que también había libros de cómo escribir mejor, dependiendo de lo que se quisiera decir; que explican formas de hacer que lo que se escribe no solo esté claro, sino también bien escrito. También le dijo que sería bueno buscar libros que hablaran sobre el lugar en que ella vivía.



Reflexiona.

¿Tuvo que practicar antes de aprender?

Julieta se sobresaltó con lo que acababa de oír y dijo:

—Pero cómo, ¿o sea que ya han escrito sobre este lugar, sobre nosotros?

Entonces Jacinto le explicó lo que la maestra le había contado antes: que desde hace mucho tiempo la gente escribe y describe lo que ha vivido, por lo que ya hay muchos libros de muchísimas cosas. Le dijo que hay libros, periódicos, revistas, cartas y muchos otros materiales escritos, que nadie podría leerlos todos, aunque solo se dedicara a eso desde el primer día de nacido y hasta su muerte. Así que, seguramente, uno podría encontrar algo que se relacionara con lo que fuera que quisiera averiguar.

—Entonces le pregunté a la maestra Esperancita —continuó Jacinto— que si era tanto lo que hay escrito, ¿cómo se hace para encontrar lo que uno quiere? Y ella me respondió que “había personas que se dedicaban a juntar textos, y a guardarlos organizados; me dijo que eso es lo que se guarda en las bibliotecas y que esas bibliotecas están hechas para que la gente pueda ir a consultar esos textos, según los necesite”.



Reflexiona.

¿Qué se necesita para consultar estos materiales?

—Bueno, así ya está más fácil. Además, si ya alguien ha investigado sobre lo que nos interesa, pues resultará más fácil encontrar cosas nuevas, ¿verdad? —dijo Julieta, que ya se estaba imaginando todo lo que podría aprender buscando información sobre las cosas que le habían interesado siempre.

—Sí —dijo Jacinto—, además la maestra Esperancita me explicó que los libros los escribieron personas que trataban de contarnos algo, aunque hubiera pasado mucho tiempo o estuviéramos muy, pero muy lejos, de donde ellas vivieron; de la misma manera que podemos oír lo que dicen las personas a las que conocemos, porque ellas también pueden saber algo al respecto. Así que todo lo que podamos averiguar sobre lo que nos interesa, toda la información que logremos encontrar nos ayuda para entender mejor lo que necesitamos y aprenderlo. ¿Te acuerdas de que Gregorio siempre está diciendo que, una vez que entiendes, puedes hacer algo para mejorar las cosas?





Reflexiona.

¿Quién es Gregorio?

¿Qué tiene que ver en esta historia?

Julieta se quedó pensando en lo que quería empezar a aprender. Pensó en que podía escribir cartas pidiendo información a personas que vivían en otros lugares, leer libros, revistas, periódicos y otras cartas en los que la gente escribiera sobre cualquier tema que le interesara. Entonces Julieta se sintió acompañada por mucha gente y muy interesada en todo lo que no había visto. Pero además empezó a sospechar que todo aquello que conocía y que creía que entendía muy bien, le guardaba muchas sorpresas, si se fijaba con cuidado y buscaba más información sobre cosas que no había imaginado.

Después de la lectura

- **Imagina que tú eres un maestro que da clases en la escuela de tu localidad a niños de segundo de primaria y que uno de ellos te dice que le expliques cuándo debe usar letras mayúsculas.**

¿Qué le dirías para explicarle?

Comenta con un amigo la lectura “¿Cómo aprendieron los maestros?” y pregunta qué opina él del interés de la maestra Esperancita por aprender. Escribe lo que tú opinas.

Ve con algún maestro o asesor que conozcas y pregunta cómo fue que le llamó la atención apoyar el aprendizaje de otras personas; escribe lo que te responda.

Contesta lo siguiente.

¿Para qué le ha servido al maestro que conoces tener diferente información?

¿De dónde ha obtenido esa información?

¿Solo los maestros o asesores pueden enseñar cosas a otros?, ¿por qué?

¿Qué le enseña Jacinto a Berenice?

¿Qué tendría que saber alguien para poder enseñar algo a otra persona?

Lo que encuentras a tu alrededor



Reflexiona.

Con base en el título, ¿de qué va a tratar la lectura?

Sentada a la sombra de un árbol, Julieta movía los dedos de sus pies, tratando de que la brisa pasara entre ellos y la refrescara mejor. A su lado, Jacinto mantenía la cabeza bajo el sombrero y las manos en la nuca, y jugaba con una piedrecilla bajo la lengua. El calor los tenía arrinconados bajo ese árbol.



Reflexiona.

De acuerdo con tus predicciones, ¿en qué acertaste?

¿Dónde se encuentran Julieta y Jacinto?

¿Cuál es la situación que los aqueja?

Menciona los tres objetos que pueden contrarrestar el calor que sienten Jacinto y Julieta. ¿Cómo crees que los usarán en el desarrollo de esta historia?

Con los ojos cerrados, tal vez para que el aire ayudara a enfriar sus párpados o tal vez porque estaba imaginando, Julieta dijo:

—¿Por qué tendría que faltar el agua, justo ahora que hace tanto calor? ¡Cómo me gustaría meter la cabeza en una cubeta de agua fría! El agua en estos meses es un problema, sin ella no podemos ni movernos...

Como Jacinto no respondía bajo el sombrero, Julieta estiró la mano y, con una sonrisa, se lo quitó y lo usó para abanicarse. Jacinto solo se sonrió y siguió jugando con su piedrecilla en la boca. Así que Julieta le preguntó:

—¿Por qué estás chupando esa piedrecilla? —Jacinto no se movió mucho, pero abrió un ojo para ver a Julieta.



Reflexiona.

- ¿Qué preguntas hace Julieta?
- ¿Qué explicación o respuesta va a dar Jacinto?
- ¿Qué explicación darías tú?

—Gregorio me contó alguna vez que si te metes una piedra en la boca espantas un poco la sed.

Julieta se quedó pensando en si pudiera ser cierto y volvió a preguntar:

—¿Y te funciona?

Jacinto se levantó y le ofreció otra piedrecilla que había guardado en la bolsa de la camisa. Terminó su comentario diciendo:

—Yo creo que el agua en estos tiempos se esconde en las montañas para que en otras épocas no nos haga falta. ¿Qué no ves que en las noticias dicen que tarde o temprano se va a acabar?



Reflexiona.

- ¿Quién es Gregorio?
- ¿Qué piensas de la respuesta de Jacinto?
- ¿Qué piensas del comentario que hace Jacinto?
- ¿Qué opinas de la escasez del agua?

—Mira, no me quita la sed del todo, pero sí me la distrae un poco. Además, siento que no me canso tan pronto —dicho esto, se volvió a recargar en el árbol y volteó hacia donde alguien se acercaba caminando. Era Ariadna, una amiga de Julieta que siempre estaba bien enterada de todo lo que pasaba en el lugar, de modo que los dos se emocionaron, porque tal vez ella podría explicarles por qué se habían quedado sin agua. Cuando llegó, Julieta se levantó para saludarla.

—¡Hola, amiguita! ¿Qué andas haciendo por acá?



Reflexiona.

¿Qué le van a preguntar?

¿Cuál podría ser alguna de las respuestas que dé Ariadna?

Arriésgate a hacer suposiciones.



—Ah, pues ya terminé mi trabajo y vine a platicar con ustedes —dijo Ariadna, acomodándose junto a ellos, en la sombra del árbol.

—Y tú que todo lo sabes, ¿tienes idea de por qué nos quedamos sin agua? —preguntó Julieta.

Ariadna se enderezó y le contestó con una pregunta:

—¿Quieren saber una respuesta fácil o una más larga y complicada?

Jacinto y Julieta se vieron mutuamente y pareció que llegaron a un acuerdo, tras el cual Julieta respondió:

—Creo que queremos primero la fácil y luego la larga. ¿Qué te parece?

—¡Lo sabía! —dijo Ariadna, riéndose—. Pues verán, resulta que no ha llovido mucho y en la presa no hay mucha agua, de modo que no alcanza para repartirla a todos los lugares a los que la envían. Así que unos días mandan a un lugar y otros días la llevan a otro; estos días no nos toca a nosotros.



Reflexiona.

¿En qué se parece la respuesta corta de Ariadna con la que tú pensaste?

¿Qué pasa con el agua en el lugar donde vives?

¿En qué consistirá la explicación larga? Arriésgate nuevamente.

Julieta, que había dejado de abanicarse por atender a la respuesta, recordó el tiempo en que pasaba el río lleno de agua, de donde podían tomar para cualquier necesidad.

—Después, cuando ya habían construido la presa, todavía hubo un tiempo en que tenía suficiente agua y dejaban pasar alguna cantidad, que todavía nos alcanzaba hasta para jugar los domingos, ¿se acuerdan?

—¿Y por qué ahora ya no pasa eso? —dijo Jacinto, un poco refunfuñón.

—Pues es lo mismo que les digo —dijo Ariadna—, la presa no tiene suficiente agua.

Se hizo una pausa en la que tal vez los tres recordaron el tiempo en que retozaban en el río.

Luego Julieta despertó y recordó que Ariadna había dicho que había una respuesta larga y complicada, así que creía que era momento de pedir la respuesta larga... Ariadna respondió:

—Ah, pues estaba pensando en esos cambios y le pregunté a Benjamín, el maestro, si sabía por qué ahora la presa no se había llenado.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Jacinto.



Reflexiona.

¿Cuál crees que fue la respuesta de Benjamín?

—Que escuchara los noticiarios, que leyera los periódicos, que observara lo que pasa en las diferentes temporadas y lo que la gente hace para cuidar el agua... —respondió Ariadna.

Julieta preguntó a Jacinto:

—¿Por qué hacen eso los maestros?, ¿qué no saben que así nos lleva más tiempo para aprender?



Reflexiona.



¿Qué piensas de la última pregunta de Julieta?

¿Qué crees que ganarán o perderán Julieta, Jacinto, Gregorio, Ariadna y Benjamín haciéndose preguntas?

De acuerdo con lo que leíste en la Revista, las preguntas y suposiciones que se plantean los protagonistas de la historia, ¿cuáles preguntas cumplen con los requisitos para iniciar la investigación?

Después de la lectura

■ Responde las siguientes preguntas.

¿Cuál es el problema principal que se comenta en la lectura?

¿Qué relación hay entre el problema que trata la lectura y lo que sucede en tu comunidad?

¿Cuáles serían tres actividades que tú harías para seguir el consejo de Benjamín?

Somos unos y somos todos



Reflexiona.

¿De qué se va a tratar la lectura?
¿Qué actitudes te sugiere el título?

Durante la conversación Julieta, Jacinto y Ariadna habían dejado de estar debajo del árbol y ahora caminaban de regreso a sus casas. Aunque se procuraban aire fresco y sombra, con lo que podían sentirse más tranquilos y no tan sofocados, parecía que habían olvidado el calor, porque estaban muy interesados en la plática.



Reflexiona.

¿De qué platicaban?

—Es que los Rodríguez tiran mucha agua cuando lavan su patio. Imagínate, quieren barrer la tierra a cubetazos.

—Claro, pero es que no hacen caso de lo que les dice el maestro en la escuela de sus hijos.



Reflexiona.

¿Has escuchado o visto algo similar en tu comunidad?
¿Qué crees que haya dicho el maestro?

—Pues creo que los maestros de la escuela deberían ir, casa por casa, explicándoles a los papás que lo mejor es que cuiden el agua para que, cuando vengan las secas, no nos falte tanto.



Reflexiona.

¿Qué opinas de este comentario?
¿Quién da este punto de vista?

—Pero si eso lo deberían hacer los que nos administran, los mismos que abren y cierran las llaves en la presa y no los maestros, porque si no, ¿quién se encargaría de dar las clases? —comentó Ariadna.

—Pues sí, pero de qué sirve que ellos les digan a los Rodríguez que hay que cuidar el agua, si ellos creen que solo se lo dicen para molestarlos y lo siguen haciendo cuando nadie los ve —respondió Julieta.

—Pues entonces lo que deberíamos hacer es exigir que no nos cierren la llave para mandarles agua a otros lados. ¿O qué no el río pasa por aquí? Entonces su agua debería quedarse aquí, ¿no?; cómo es posible que en otros poblados tengan agua y nosotros vayamos al río a bañarnos, ni bien limpios quedamos —dijo molesto Jacinto.

—Oye, pero si nos la quedamos toda, dejaríamos sin agua a mis tíos y, ¿cómo van a regar el naranjal al que luego vamos?

—Sí, además mis primos se quedarían sin empleo, porque trabajan en un naranjal como ese.

—Claro, ¿y qué pasaría con la hortaliza de mi tío?

—Pero esa la cultiva con hidroponia, que no necesita tanta agua.

—Pues sí, necesita poca, pero la necesita.

—Pues entonces hay que solicitar al gobierno que construya otro río, para nosotros solos, así les podemos dejar el otro a tus tíos, ¿qué tal? —dicho esto, los tres se reían y se reían, se retorcían tratando de caminar, mientras reían. Sus carcajadas espantaron a algunos pájaros que se refugiaban del medio día en la copa de un árbol solitario, al lado de donde andaban. Así siguieron, ima-

ginando soluciones absurdas y divertidas, y riéndose un buen rato. Pero después se quedaron callados, tanto que solo se oían sus pisadas en el camino.



Reflexiona.

¿Cuál sería la solución a esta problemática?

—Ahora me acuerdo de que Gregorio me contó que había leído en algún lado que, no me acuerdo cómo, los árboles ayudan a que llueva; y mira aquí, cada vez los cerros se ven más pelones. ¿Se acuerdan de que dicen que esos cerros eran bosques a los que los abuelos iban por madera? —comentó Julieta.

—Sí, dicen que era muy buen negocio eso de la madera y, por eso, todos cortaron los árboles que tenían. Además de que limpiaban los terrenos para sembrar.

—Sí, y además les echan los borregos a las matas nuevas; así nunca van a crecer las matas; los borregos sí, esos están cada vez más gordos.

—¿Y qué tal el cerrito, donde construyeron todas esas casas?

—¿Qué tal si bombardeáramos las nubes, como lo hacen los gringos?

—¿Y cómo hacen eso?

—Lo leí en un periódico. Parece que les disparan polvo, lo que provoca que se formen gotas y que caigan, o sea que llueva.



Reflexiona.

¿Qué otra alternativa de solución darías?

—Pero el problema es el mismo que el de la presa; es como si las nubes fueran presas: si bajas el agua aquí, hay otros lugares que se quedarán sin agua, por ejemplo, los bosques de la montaña... y recuerda que de ahí vienen los ríos, como el nuestro. Y si se quedan sin agua los bosques, las montañas se quedarán sin bosque y, si son los bosques quienes llaman a las nubes y su lluvia, a la larga tampoco va a llover allá... ¿y luego? —argumentó Ariadna.

—O sea que hoy bajamos una nube y mañana ya no tenemos río. ¡Qué horror!

—Pues sí que es un problema difícil de resolver.

—Sí, aunque parece que el problema lo provocamos nosotros, así que creo que deberemos resolverlo o vamos a tener que aprender a calmar nuestra sed con piedritas.

Después de la lectura

Contesta las siguientes preguntas.

¿Cuál es la problemática que plantean?

¿Cuáles son las opciones de solución que vislumbra Jacinto?

¿Cuáles crees que son las opciones más adecuadas?

La verdad acerca de la verdad

Luego de que Gregorio se quedó solo en casa, se sirvió el último sorbo de chocolate caliente y se dispuso a preparar la charla y materiales para el lunes siguiente. Su grupo de alfabetización le había dicho que no entendía qué tenía que ver investigar sobre un tema específico, con su necesidad de aprender a leer. “¡Total –le dijo un día Rosendo–, si a mí lo que me urge es nomás el certificado para que me den chamba!” Gregorio recordó que cuando estudió en la vocacional, aunque sacaba buenas calificaciones, tampoco le parecía atractivo aprender historia, ciencias naturales o matemáticas, porque no veía cómo le sería de utilidad en un futuro trabajo.



Reflexiona.

- ¿Cuál es el dilema de Gregorio?
- ¿Cuál es tu opinión al respecto?

Uno de aquellos días Gregorio se quedó con más dudas que respuestas; en la clase de ciencias el “profe” no pudo explicar por qué un barco de miles de toneladas de metal no se hundía en el mar. “¡El barco flota porque es barco!, ¡preguntas demasiado, Goyo, eso no viene en el examen!”



Reflexiona.

- ¿Por qué crees que Gregorio buscaba explicaciones?
- ¿Qué importancia tienen estos recuerdos en su función como asesor?

Gregorio se quedó inclinado sobre la mesa frente a la lámpara de petróleo, que apenas daba luz para leer los títulos de tantos libros amontonados y que por momentos le parecían inútiles en su propósito de enseñar. Empezó a repasar en la mente su propio proceso de aprendizaje, hasta llegar a la forma en que su más admirado maestro “de la escuela de la vida” le platicaba sus historias para animarlo a seguir aprendiendo. ¡Y pensar que el viejo a duras penas se quedó a la mitad de la primaria!

Gregorio recordó una de tantas charlas que tuvo con su padrino en una de esas que venía a Sombrerete:



“Mira, Goyo —le dijo un día don Vladimiro—, los primeros seres humanos se hicieron el hábito de examinarlo todo a su alrededor; interpretaron la razón de cada cosa y de ahí hicieron mitos y ciencias, inventaron sus verdades.

El primer hombre se preguntó por qué la mitad del tiempo había luz y luego oscurecía, qué era eso que caía de las alturas y le mojaba el cuerpo, cómo podía brotar de la tierra esa espesura verde que después daba frutos y le alimentaba, qué era esa sensación invisible de algo que le acariciaba el cuerpo, zumbaba en el oído, le daba vida y hacía mecer la hierba. Pero incapaz de entender la esencia de su medio, creyó que debía ser obra de seres superiores, creadores de todo cuanto había, y que de vez en vez debía rendirles culto si se enfurecían, si la tierra temblaba, se secaba o se inundaba.



Reflexiona.

¿Cómo sabía tanto Vladimiro?
¿Qué estudios tenía?

Luego el planeta se pobló de hombres pensantes que dejaron de ser nómadas en busca de alimento, se establecieron para producir riqueza y, cuando tuvieron cosechas, adoraron a dioses del sol, de la fertilidad, la lluvia y la abundancia. Otros inventaron sus propias verdades y a sus dioses; dioses de la guerra, del rayo y del fuego, más diestros en el arte de la guerra, en arrebatar y apropiarse de las riquezas y territorios de otros. Los hombres formaron ciudades, murallas y ejércitos, ya fuera para proteger sus riquezas o para invadir a sus vecinos. En esas ciudades, los que mandaban inventaron reglas, valores religiosos, militares, de la economía y la política que sus pueblos debían cumplir sin preguntar; atraparon sus conciencias por los siguientes

siglos; aprendieron verdades que ya estaban escritas y ya no se preguntaron si eran ciertas, aceptaron una sola idea del bien y el mal. Y en nombre de sus verdades los gobernantes justificaron la opresión de otras verdades, millones de muertes, despojos y tiranías. El vencedor imponía su verdad del bien sobre lo que creyeron malo.

Reflexiona.



¿Cómo se relaciona esta información con lo que sucede?
¿Qué opinas al respecto?

Así hasta hoy, la verdad de unos incomoda a otros: el Islam del mundo árabe no obedece al cristianismo, la democracia no se entiende igual entre países, los países no acuerdan sus fronteras nacionales; los sueños de millones de trabajadores en el mundo que aspiran a una vida digna no convienen a los intereses económicos de millonarias empresas. Al final cada individuo, cada pueblo y cada nación puede entender ideas y hechos como buenos o malos desde su propia experiencia de vida, de manera que no hay verdad verdadera como no sea la propia, el bien y el mal no existen como algo absoluto, sino solo a juicio de cada uno que lo observa e interpreta en cada circunstancia: lo que hoy fue bueno o malo, mañana o en otro caso puede no serlo, según el juicio de quien sea. ¿Qué presidente de cualquier país, qué religión, qué escuela tiene la razón para juzgar al mundo?



Reflexiona.

¿Qué hay de cierto en esta información?
¿Cuáles eran las explicaciones acerca de la verdad?

Cada descubrimiento o creencia del hombre que se convertía en verdad sepultaba a la anterior; así pasamos de la bondad de los dioses de mil enigmas a la

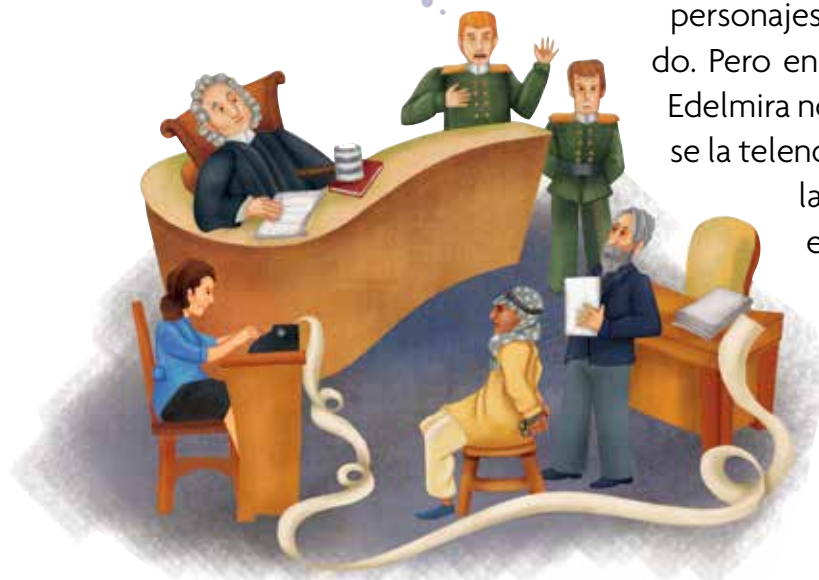
creencia en un solo Dios. Cuando la lluvia, el viento, el fuego y la tierra dejaron de ser misterio, de la verdad del inquisidor patriarca a Juana de Arco, de la convicción de la Tierra como centro del universo a Copérnico y Galileo, de la idea de la creación del hombre a *El origen de las especies*, de Darwin, del poder absoluto de la realeza en Francia a la Comuna de París, de la supremacía racial a Martin Luther King y Nelson Mandela... De todo esto, Gregorio, se puede concluir sin dificultad que *no hay verdades absolutas, sino eternamente renovables*.



Reflexiona.

¿Cuáles fueron las reflexiones de Gregorio acerca de la explicación de Vladimiro?

Cuando don Vladimiro terminó su explicación sobre “la verdad”, Gregorio se sintió tan maravillado como incómodo por tantos hechos y nombres de personajes en la historia que no conocía o había olvidado. Pero en sus reflexiones entendió por qué su abuela Edelmira no salía de la iglesia, su madre no podía perderse la telenovela de las siete, aunque se sabía de memoria la historia, y la mitad de su familia, él incluido, eran consumidores implacables de refrescos de cola. También entendió que ahora le tocaba a él buscar *su verdad*, y para ello tenía mucho por aprender y poner en práctica.



Después de la lectura

■ Reflexiona acerca del contenido de la lectura.

Una de la vida real



Reflexiona.

- ¿De qué se va a tratar la lectura?
- ¿Quiénes son los personajes de la historia?

Uriel no se resignó a dejar la antropología, pero tampoco continuó en la escuela; el trabajo y la vida bohemia le exigían todo su tiempo; así que se hizo autodidacta. Podía andar en cualquier montaña, pero eran frecuentes sus viajes a Ayutla de los Libres, en la Costa Chica de Guerrero, donde visitaba a Juan Reyes, un indígena de origen náhuatl, pero en tierras de mayor presencia tlapaneca y mixteca. Juan tenía muchas historias de agravios y alegrías, testimonios de lo que viven tantos indígenas como él... Un día, después de compartir el chilate, se dispuso también a compartir una de sus historias que ya había escrito:



Reflexiona.

- ¿Con quién va a compartir su historia?
- ¿Qué información aportará?

—Año de 1990... cuando era pequeño fui pastor de cabras despues de grande mis hermanos me quitaron mis teneres yo sepulte a mi mamá al año me salí con mi familia a buscarla vida bage a un río agarar camaron y lo vendia... busque trabago de cuidar ganado me fui a coyuca de benites... vine a trabagar a chacalin... me fui a colotepec... le pedi trabago aun ganadero... me dio chamba de baquero pase 3 años me fue mal poquito y me mata el patron mepatio y vomitaba sangre me fui al medico... me pase a trabagar... en la jamaica y tambien me fue mal el patron nos mando encaminar el carro de jamaica al regreso nos asaltaron... nos tubieron amarrados... dimos parte a las autoridades no le dieron solución... me pase (a trabajar) con el veterinario... a mi igo la culebra lo mordio en el pie lo alevante... contesto el patron noai culebra en mi rancho yo me cargé a mihigo a dos kilometros yege a un hospital... yo page la medicina me sali... sembré maíz recogí mucho me fue mal me pico la culebra bo-

saliada poquito y me muero no hubo ayuda... un doctor me salvó la vida el me curó a mi mujer tubo cuates 21 días tubieron encubadora... luego a mi esposa le pegó el parálisis y el patrón no me quiso dar ayuda me salió... compré milote en pagos... me busco (un ganadero) para cuidar su rancho ago siembra y esto progresando en todo y estoy feliz con todo mi familia tengo muchas amistades... en 2005 los malos entraron a mi casa golpearon a mi familia se llevaron 7000 mil pesos... en ese tiempo fui benedictino mata benado... me doy cuenta quienes fueron y yo no tengo miedo... amigos les ruego que le echen ganas a su estudio para que no sufran... es cierto el que anda mal mal acaba los que son robados ya están en la cárcel y otros andan en el monte escondiéndose del gobierno yo estoy feliz... ser amable humilde caritativo no ser mentiroso... una semana estube enfermo no me curó mi patrón... el doctor yo lo pagué... Año de 2007... mi hija Josefina sufrió un golpe de oído le cayó la maestra le rebentó adentro... (acudí) en México d.f. derechos humanos..."



Reflexiona.

¿Qué entendiste de la historia?
¿Por qué?

Después de la lectura

- Reflexiona acerca del contenido de la lectura.
- Corrige el texto para que se comprenda el mensaje y escríbelo en tu cuaderno.

Un giro inesperado



Reflexiona.

¿Qué te sugiere el título?

—¿Cómo poder darle un verdadero giro a la historia que escribo para que sea impactante... única? —se preguntaba Pepe Gallegos mientras caminaba un viernes como cualquiera en su plaza favorita.



Reflexiona.

¿Por qué es importante que al escribir historias haya hechos únicos o impactantes?

¿Cómo se puede escribir una historia impactante?

José Gallegos es un hombre misterioso, con tanta experiencia como la que pueden dejar 50 años. No es un hombre muy alto; su cabello, ya teñido por los años, no deja duda de toda la experiencia que tiene: se ha tornado blanco, dándole un tono de seriedad y a la vez de sabiduría.

Sus ropas parece que no son más jóvenes que él, pero para Pepe son lo más cómodo y adecuado para toda ocasión... aunque esos parches de los codos ya no están muy de moda; y ni hablar de sus zapatos, ya gastados por las eternas caminatas por el centro de la ciudad de México en busca de historias y personajes.

Pepecito, como solía decirle su hermana menor Tere cuando eran niños, no suele sonreír mucho; sin embargo, tiene una mirada apacible y un corazón lleno de hermosas ideas que le gusta plasmar en cualquier papel que se le ponga enfrente.

Pepe no puede encontrar la respuesta a su pregunta, camina y observa tratando de encontrar “eso” que para él sería la respuesta.



Reflexiona.

¿A qué se referirá con “plasmar hermosas ideas”?
¿Qué será “eso” que espera encontrar?

Da un respiro y voltea al cielo, mirando la enorme luna que se refleja en la bella iglesia de Coyoacán; le gusta caminar por las grandes plazas para inspirarse, pero ahora, no sabe a dónde acudir. ¿Ahí?, ¿al centro? Sí, cualquiera pensaría que su plaza favorita es el centro de la ciudad, y tal vez lo es, pero para entender la vida de diferentes personas y momentos históricos cuando observa en ella las manifestaciones, los plantones y los vendedores ambulantes; cuando se confunde con la gente y la escucha.

Recuerda que un día, hojeando un libro, descubrió la magia de Coyoacán. Coyoacán es un lugar al sur de la ciudad de México que encierra cultura, leyendas y folclor en pocas cuerdas.

Aquí podemos encontrar desde el mimo —que con su rostro pintado de blanco, sin palabras le roba una sonrisa al más malencarado— hasta el conocido Museo de Frida Kahlo, pasando por el artista que, a cambio de unas monedas, canta, baila, pinta y hasta recita discursos políticos que en realidad pocos escuchan; una hermosa casa de la cultura donde se presentan obras de teatro experimentales, exposiciones y una gran ofrenda cada 2 de noviembre. ¡Y claro!, no podía faltar el mítico brujo, que al leer la mano o “aventarle” las cartas a las bellas casamenteras les vende el sueño de que “pronto llegará a su vida un hombre de buenas intenciones”.

Mientras José camina, mira su reloj y no puede creer lo tarde que se ha hecho.

—Lo siento, Pepe— se escucha una voz agitada—; la ciudad es un lío; con tanta lluvia parece que pronto nos saldrán escamas —comenta sonriendo al mismo tiempo que le extiende la mano para saludarlo.

—No te preocupes. En realidad, estaba sumergido en mis pensamientos, tratando de dar solución a esta telaraña que tejieron entre mi imaginación, mi mano y el filo de mi pluma —comenta Pepe con esa voz poética que lo caracteriza.



Reflexiona.

¿Quién cuestiona a Pepe?
¿De dónde lo conoce?



—¿Cuál es el problema? —le pregunta con voz desconcertada la persona que desde que lo conoció ha sentido una gran admiración por él; ha querido escribir y plasmar sus ideas tan mesuradamente y sobre todo, ha sentido la necesidad de aprender a comunicarse tan claramente como aquel maravilloso señor que por azares del destino ha tenido la suerte de conocer y de aprender lo que tal vez nunca cruzó por su cabeza que le pudiera interesar.

—Necesito que me ayudes, me he quedado atrapado en mis historias y pues, como dicen, “No se puede ver el bosque parado junto a un árbol”. Necesito que tú me ayudes a terminar un trabajo muy importante que me han encomendado para el INEA —le pide con humildad Pepe Gallegos.

Sorprendido y con los ojos muy abiertos, le contesta nuestro personaje misterioso:

—¿Ayudarlo yo?... ¡Claro!... ¿Pero, cómo? ¿Qué puedo hacer? Yo jamás he escrito nada; bueno, tal vez en alguna ocasión..., y justo aquello que me pedían como requisito para cursar el módulo en el Círculo de estudios..., nada que saliera todo de mi mente o mi corazón... y esto suena muy importante; ¿cree que de verdad puedo yo ayudarlo?



Reflexiona.

¿Cómo ayudará ese personaje a Pepe?
¿Qué tendrá que hacer para apoyarlo?

Antes de contestar a tantas inquietudes, Pepe lo mira a los ojos y, con una gran confianza en su voz, le dice:

—¡No lo creo, lo sé! Ya es un buen momento para emprender la aventura, ¿no lo crees?, no debes tener miedo, a lo largo de este viaje has encontrado las herramientas que necesitarás para hacer un buen trabajo...

Después de la lectura

Reflexiona en el contenido de la lectura.

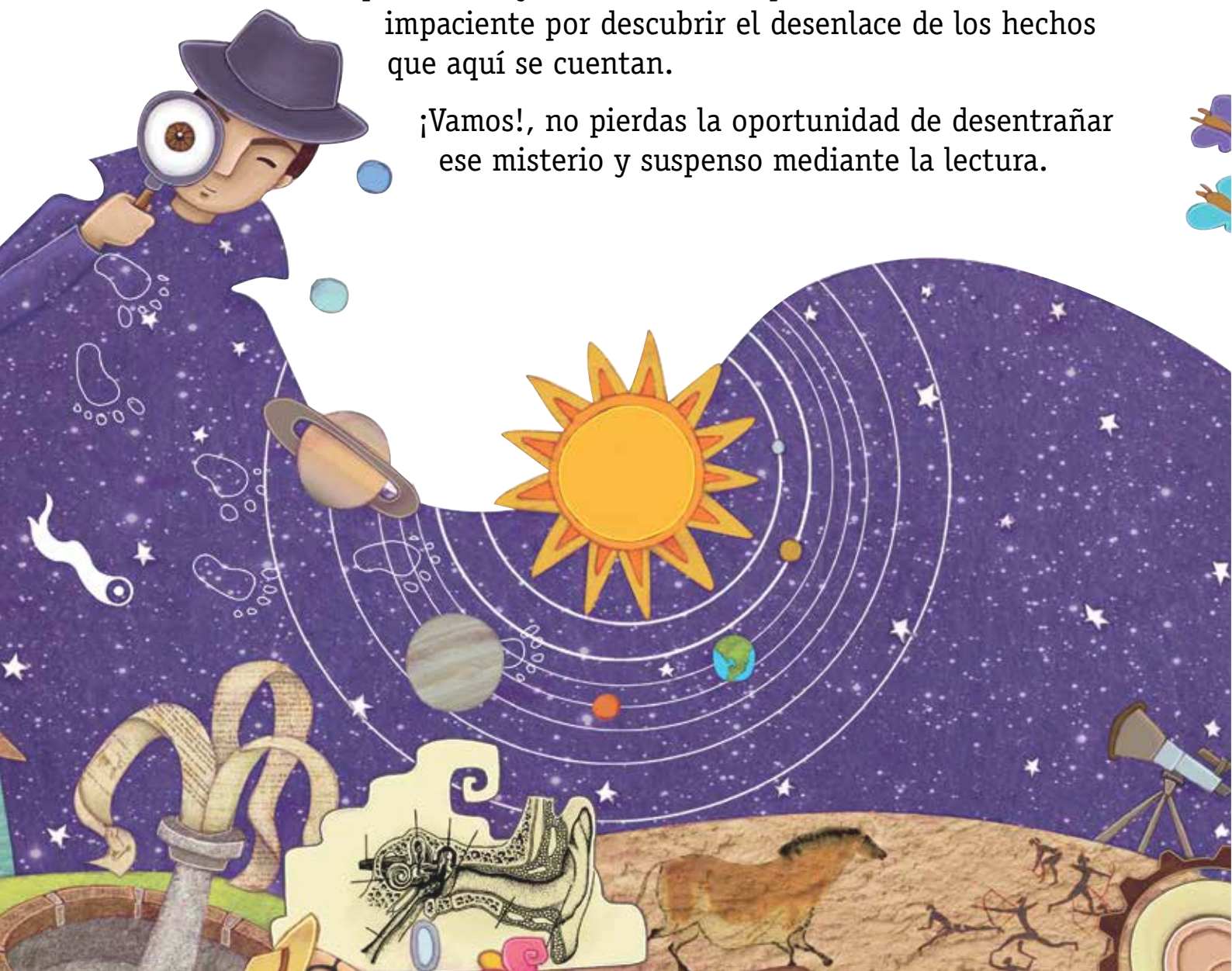
Misterio, suspenso y algo más

En este apartado tendrás la oportunidad de entrar al enigmático mundo del misterio con una serie de historias que encierran sucesos, incógnitas y numerosas interrogantes.

Conocerás hechos contados de forma sumamente interesante y atractiva que te irán llevando por caminos insólitos, ocultos y secretos.

La lectura de estas historias te permitirá entrar en el mundo de lo impenetrable y te mantendrá expectante, ansioso e impaciente por descubrir el desenlace de los hechos que aquí se cuentan.

¡Vamos!, no pierdas la oportunidad de desentrañar ese misterio y suspenso mediante la lectura.



El corazón delator

Edgar Allan Poe



Reflexiona.

- ¿De qué crees que trate el cuento?
- ¿Qué sabes del autor de este cuento?

¡Es verdad! Soy muy nervioso, extraordinariamente nervioso. Lo he sido siempre. ¿Pero por qué dicen que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos en vez de destruirlos o embotarlos. De todos ellos el más fino es el oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Cómo, entonces, puedo estar loco? Observen con qué serenidad, con qué calma, voy a contarles esta historia.

Es imposible definir cómo penetró la idea en mi cerebro. Sin embargo, una vez adentrada allí, me acosó día y noche. Realmente no había ningún motivo para ello. El viejo nunca había hecho daño, y yo lo quería. Jamás me insultó, y su oro no me despertaba la menor codicia.



Reflexiona.

- ¿Qué idea crees que penetró en su cerebro?
- ¿Cuál podría ser la razón que provocó esa idea?

Creo que era su ojo. Sí... ¡Eso era! Uno de sus ojos se parecía a los del buitre. Era de un color azul pálido, nublado por una catarata. Siempre que ese ojo se detenía sobre mí, se me congelaba la sangre. Y así, poco a poco, gradualmente, se fue apoderando de mi espíritu la obsesión de matar al anciano, y librarme para siempre de aquella mirada.



Reflexiona.

- ¿Tu predicción fue acertada?, ¿a qué crees que se deba?
- ¿Crees que asesine al anciano?
- ¿Qué relación hay entre ambos?

Ahora viene lo más difícil de explicar. Me creen loco, pero no pensarían así si me hubieran visto, si hubiesen podido observar con qué sabiduría, con qué precaución y cautela procedí... ¡con qué disimulo puse manos a la obra!



Reflexiona.

¿Qué crees que haga el personaje?
¿Cuáles son los pasos que seguirá?

Jamás me comporté tan amable con él como durante la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de las doce, recorría el pestillo de su puerta y la abría muy suavemente. Cuando la tenía lo suficientemente abierta para asomar la cabeza, metía una linterna bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad: luego introducía la cabeza. ¡Oh!, se habrían reído viendo el esmero con que lo hacía, por miedo de turbar el sueño del viejo. No exagero al afirmar que por lo menos tardaba una hora en realizar esta maniobra, y contemplar al anciano acostado en su cama. ¿Podría haber sido tan prudente un loco?

En seguida, una vez que mi cabeza se hallaba dentro de la habitación, abría silenciosamente la linterna. ¡Oh, con qué cuidado, con qué sumo cuidado! Abría sólo lo necesario para que un rayo casi imperceptible de luz se clavara en el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a la misma hora, y siempre encontré el ojo cerrado. Así se fue volviendo imposible concretar mi propósito; porque no era el viejo quien me molestaba, sino aquel maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su cuarto, y le conversaba valerosamente, con voz muy cordial, interesándome por saber cómo había dormido.

Comprenderán que tendría que haber sido un hombre demasiado perspicaz para sospechar que todas las noches, siempre a las doce, yo le espiaba durante su sueño.

Finalmente, en la octava noche, entreabrí la puerta con mayor sigilo que antes. La aguja de un reloj se movía más a prisa que mi mano. Jamás, como en ese minuto, pude apreciar tan bien la magnitud de mi astucia, y apenas lograba dominar mi sensación de triunfo. ¡Pensar que estaba allí, empujando muy pausadamente esa puerta, y que él ni siquiera vislumbraba mis acciones y mis pensamientos secretos!

Ante esta idea se me escapó una leve risa, y tal vez me oyó, ya que de pronto se movió en su lecho, como si fuera a despertar.



Reflexiona.

¿Qué crees que haga el personaje principal?
¿Qué crees que haga el anciano?

Tal vez se imaginarán que me retiré de inmediato. Pues no, se equivocan, no fue así. Su alcoba se hallaba profundamente oscura. Las ventanas estaban herméticamente cerradas por miedo a los ladrones, y las espesas tinieblas envolvían toda la estancia. Absolutamente seguro de que el anciano no podía ver nada, me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre la perilla de la puerta, y el viejo se incorporó en su cama, preguntando:

— ¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil, sin musitar una sola palabra, y durante una hora no moví un músculo. Tampoco él, en todo ese tiempo, volvió a acostarse. Continuaba sentado en la cama, alerta, haciendo lo mismo que yo había hecho en esas largas noches, oyendo deslizarse a las arañas en la pared.

De pronto oí un gemido profundo. Se trataba de un lamento de terror mortal, no de dolor o tristeza. ¡Oh, no! Era el rumor sordo y ahogado que escapa de lo más íntimo de un alma sobrecogida por el pavor. Yo conocía ese quejido. Muchas veces, precisamente en el filo de la medianoche, cuando todos dormían, lo sentía irrumpir en mi propio pecho, brotando de los terrores que me consumían.

Sabía lo que estaba experimentando el viejo, y no podía evitar una gran piedad por él, aunque también otros sentimientos colmaban mi corazón. Comprendía que su zozobra iba en aumento, y que procuraba persuadirse de que sus temores eran infundados. Posiblemente decía para sí: “No es nada... El viento en la chimenea... Un ratón que corrió por el entretecho... Algún insecto...”

Sí, debe haber intentado calmarse con estas hipótesis. Pero todo fue inútil. La muerte había pasado junto a él, y lo envolvía. Y era la influencia fúnebre de su sombra, invisible, la que lo hacía “sentir”, aunque no viera ni escuchara nada, la que le permitía notar mi presencia en su habitación.

Luego de haber esperado un largo rato, me aventuré a abrir apenas la linterna. La abrí furtivamente, hasta que al fin un rayo delgado, como el hilo de una telaraña, descendió sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, íntegramente abierto, y al verlo me llené de furia. Lo vi con claridad perfecta, entero de un azul mate, y cubierto por la horrorosa nube que me helaba hasta la médula de los huesos. No podía ver nada más; ni la cara ni el cuerpo del anciano. Sólo existía aquel ojo obsesionante.

¿No es acaso una hiperestesia de los sentidos aquello que consideran locura? Una vibración débil, continua, llegó a mis oídos, semejante al tic-tac de un reloj forrado en algodones. Inmediatamente reconocí ese apagado golpeteo. Era el corazón del viejo que latía, y este sonido excitó mi furia, igual que el redoblar de los tambores excita el valor de un soldado. Me controlé, sin embargo, y permanecí inmóvil. Respiraba apenas, y sostenía quieta, entre las manos, la linterna. Hacía un esfuerzo por mantener el rayo de luz fijo sobre el ojo. Entre tanto, el latido infernal del corazón del anciano era por segundos más fuerte, más rápido, y..., sobre todo, más sonoro.

El pánico de aquel hombre debía ser monstruoso, y retumbaba en ese latir que crecía y crecía.

He confesado que soy nervioso, y realmente lo soy. En consecuencia, en medio de la noche y del silencio de esa antigua casa, un ruido tan extraño hizo surgir en mí un terror incontrolable. Pese a ello, todavía logré mantenerme, y luché por conservar la tranquilidad, pero la pulsación se hacía más y más audible, más violenta, y una nueva angustia se apoderaba de mí. Ese ruido, y los que iban a producirse, podrían ser escuchados por un vecino. La hora del viejo había llegado.



Reflexiona.

- ¿A qué se referirá “La hora del viejo había llegado”?
- ¿Cómo crees que lo asesine?
- ¿Crees que lo descubran?, ¿cómo?
- ¿Qué crees que haga el viejo?

Con un gran alarido, abrí inesperadamente la linterna, y me precipité en la alcoba. El viejo dejó escapar un grito, un solo grito.

En menos de un segundo lo derribé, dejándolo de espaldas en el suelo, y tiré la cama sobre él, aplastándolo con su peso. Entonces sonreí, ufano, al ver tan adelantada mi obra. No obstante, el corazón aún latió, con un murmullo apagado.

Pese a ello, ya no me atormentaba. No, no podía oírse nada a través de las paredes. Finalmente, cesó todo: el viejo estaba muerto. Levanté la cama, y examiné el cuerpo. Sí, estaba muerto. ¡Muerto como una piedra! Afirmé mi mano en su corazón sin advertir ningún latido. ¡En lo sucesivo su ojo de buitre no podría atormentarme!

A los que insistan en crearme loco, les advierto que su opinión se desvanecerá cuando les describa las inteligentes medidas que adopté para esconder el cadáver.



Reflexiona.

- ¿Cuáles consideras que sean esas inteligentes medidas?
- ¿Crees realmente que nadie descubrirá lo que sucedió?

Avanzaba la noche, y yo trabajaba con prisa y en riguroso silencio. Hábilmente fui desmembrando el cuerpo. Primero corté la cabeza y después los brazos; luego, las piernas. En seguida separé unos trozos del entablado, y deposité los restos bajo el piso de madera. Terminado este trabajo, coloqué otra vez las tablas en su sitio, con tanta destreza que ningún ojo humano, ni siquiera el del viejo, podría descubrir allí algo inusual. Ni siquiera una mancha de sangre.

Cuando terminé estas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como si todavía fuese medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de calle. Bajé a abrir confiado, y di la bienvenida a los recién llegados. ¿Por qué no? ¿Acaso tenía algo que temer?



Reflexiona.

- ¿Quiénes serán los recién llegados?
- ¿Qué piensas de la actitud del personaje?

Los tres hombres se presentaron, gentilmente, como agentes de la policía. Un vecino había escuchado un grito en la noche, y esto lo hizo sospechar de que podía haberse cometido un homicidio, por lo cual estampó una denuncia en la Comisaría. Los agentes venían para practicar un reconocimiento. Sonreí, ya que, repito: ¿acaso tenía algo que temer?

—El grito —les expliqué— lo lancé yo, soñando. El anciano se encuentra viajando por la comarca...

Conduje a los visitantes por toda la casa, y les sugerí que revisaran bien. Por fin, los guie hasta su cuarto. Allí les mostré sus tesoros; todo perfectamente resguardado y en orden. Entusiasmado con esa gran seguridad en mí mismo, llevé unas sillas a la habitación, y los invité a que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia de mi triunfo, colocaba mi propia silla exactamente en el lugar bajo el que se ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes parecían satisfechos. Mi actitud les convencía, y hablaron de temas familiares, a los que respondí jovialmente. No obstante, pasado un rato, me di cuenta de que palidecía, y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y sentía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban sentados, y proseguían la charla. Entonces el zumbido se hizo más nítido y rítmico, volviéndose cada vez más perceptible. Comencé a hablar atropelladamente, para liberarme de esa angustiante sensación. Pero ésta persistió, reiterándose de un modo tal, que no tardé en descubrir que el ruido no nacía en mis oídos.



Reflexiona.

- ¿Qué crees que provoque el zumbido que escucha el personaje?
- ¿Crees que los policías encuentren el cadáver?
- ¿Crees que se marchen?
- ¿Qué pasará?

Sin duda palidecí más, y seguí hablando sin tino, alzando mi voz, tratando de apagar aquel sonido que aumentaba, “aquella vibración semejante al tic-tac de un reloj envuelto en algodones”. Principié a respirar con dificultad, aunque los agentes aún no escuchaban nada, e hilvané frases apresuradas, con mayor vehemencia. El tic-tac se elevaba, acompasado. Me levanté y discutí tonterías, con tono estridente, haciendo grotescas gesticulaciones. ¡Todo era inútil! ¡El latido crecía, crecía más. ¿Por qué ellos no querían marcharse? Comencé a caminar de un lado a otro por la habitación, pesadamente, a grandes pasos. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? Echaba espumarajos, desvariaba. Volvía a sentarme y movía la silla, haciéndola resonar sobre el suelo. Pero el latido lo dominaba todo, y se agigantaba indefinidamente.



Reflexiona.

¿Cuál crees que será la reacción de los policías ante el mal-estar del personaje?

¿Cómo crees que termine este cuento?

Los hombres continuaban conversando, bromeando, riendo. ¿Sería posible que no oyeran? ¿Dios Todopoderoso, sería posible? ¡No, no! ¡Ellos oían... sospechaban! ¡Sabían! ¡Sí, sabían, y se estaban divirtiendo con mi terror! Así lo creí, y lo creo ahora. Y había algo peor que aquella agonía, algo más insopor- table que esa burla. ¡Ya no podía tolerar por más tiempo sus hipócritas son- risas, y me di cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces... ¡Préstense atención, por favor!

—¡Miserables! —exclamé—. ¡No disimulen más! ¡Lo confieso todo! ¡Arranquen estas tablas! ¡Aquí, está aquí! ¡Es el latido de su implacable corazón!

Después de la lectura.

- ❶ ¿Esperabas este final?
- ❷ ¿Qué tanto coincidió el final con lo que tú habías imaginado?

La carta robada*

Edgar Allan Poe



Reflexiona.

¿Qué te sugiere el título?
¿Cómo se desarrollará la historia?

Me encontraba en París, una noche del otoño de 18..., disfrutando del doble placer de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña y oscura biblioteca o sala de estudios del número 33 de la calle Dunot, barrio de St. Germain. Durante una hora, por lo menos, habíamos permanecido en un profundo silencio, mientras para un observador ocasional podríamos parecer intensamente ocupados en estudiar las onduladas capas de humo que llenaban la atmósfera de la sala. Sin embargo, yo estaba pensando en ciertos asuntos que habían sido temas de conversación entre nosotros en un momento antes de la noche. Me refiero al asunto de la calle Morgue y al misterio del asesinato de Marie Rogêt. Por tanto, no dejé de pensar en una coincidencia, cuando la puerta de nuestro apartamento se abrió dejando paso a nuestro antiguo conocido G..., el prefecto de la policía de París.




Reflexiona.

¿Quiénes son los personajes?
¿A qué se dedican?
¿Cuál es la función de un prefecto?

Le dimos una cálida bienvenida, pues aquel hombre tenía tanto de despreciable como de divertido, y no lo habíamos visto desde hacía varios años. Habíamos estado sentados en la oscuridad y Dupin se levantó para encender una

* Poe, Edgar Allan, *Narraciones extraordinarias*. Obras Selectas. Ediciones y Distribuciones Mateos. Móstoles, Madrid, 2000, pp. 145-158.



lámpara; pero se sentó nuevamente sin hacerlo, cuando G... dijo que había venido a consultarnos o a preguntar la opinión de mi amigo acerca de un asunto oficial que había causado grandes problemas.

—Si se trata de un tema que requiere reflexión —observó Dupin, sin encender la mecha—, estaremos mejor a oscuras.

—Es esta otra de sus ideas raras —dijo el prefecto, que tenía la costumbre de llamar “raro” a todo aquello que no llegaba a comprender y, de ese modo, vivía en medio de una absoluta legión de “rarezas”.

—Efectivamente —dijo Dupin, mientras entregaba una pipa al visitante y le acercaba una silla cómoda.



Reflexiona.

¿Cuál será el asunto oficial que lo llevó hasta ese lugar?

¿Por qué llegó hasta ese lugar?


—¿Y cuál es el problema ahora? —pregunté—. Nada que ver con un asesinato, espero.

—No, no, nada de eso. El hecho es que se trata de un asunto muy sencillo y no dudo en que podemos resolverlo bastante bien nosotros mismos; pero pensé que Dupin querría escuchar los detalles, ya que es excesivamente *raro*.

—Sencillo y raro —dijo Dupin.

—Sí. Pero tampoco es excesivamente eso. El hecho es que estamos todos bastante confundidos porque el asunto es sencillo y, sin embargo, nos deja perplejos.

—Tal vez es la misma sencillez del tema lo que induce a error —observó mi amigo.



—¡Qué tonterías dice usted! —respondió el prefecto, riéndose a carcajadas.

—Tal vez el misterio es *demasiado* sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante idea?

— Un poco *demasiado* evidente.

—¡Ja, ja! ¡Oh, oh! —reía el prefecto, muy divertido—. Dupin, usted acabará matándome de risa.

—¿Y cuál es el tema en cuestión? —pregunté.

—Les diré —contestó el prefecto, mientras aspiraba una profunda bocanada de humo y se acomodaba en la silla—. Puedo explicarlo en pocas palabras, pero antes de empezar permítanme advertirles que es un asunto que exige absoluta confidencialidad y que yo perdería el puesto que ocupo si se supiera que lo he confiado a alguien.

—Adelante —dije.

—O no hable —dijo Dupin.





Reflexiona.

¿Por qué Dupin le da tanto misterio al asunto antes de tratarlo?

¿Por qué si implica confidencialidad lo cuenta?

¿De qué crees que se trate el asunto?

—Bien. He recibido información personal, por alguien que ocupa un puesto altísimo, de que un documento de la mayor importancia ha sido robado de las cámaras reales. Se sabe quién lo robó, sin duda, ya que fue visto cuando lo robaba. También se sabe que aún está en su poder.

—¿Cómo se sabe eso? —preguntó Dupin.

—Se deduce claramente —replicó el prefecto— por la naturaleza del documento y por la ausencia de ciertas consecuencias que se habrían producido si hubiera sido transferido a otra persona; es decir, en caso de que fuera utilizado en la forma en que el ladrón debe pretender hacerlo al final.

—Sea un poco más explícito —dijo.

—Pues bien, puedo afirmar que dicho papel da a su poseedor un poder en un determinado lugar donde dicho poder es de inmenso valor.

El prefecto estaba encantado de su jerga diplomática.

—De todos modos, no entiendo —dijo Dupin.

—¿No? La presentación del documento a una tercera persona que no nombraremos pondría en tela de juicio el honor de un personaje de las más altas esferas, y este hecho da al poseedor del documento un dominio sobre el ilustre personaje cuyo honor y tranquilidad se ven de tal modo amenazados.



Reflexiona.

¿A qué personajes se refiere?

¿Qué tipo de documento será que puede dar tanto poder?

—Pero ese dominio —interrumpí— dependerá de que el ladrón sepa que dicho personaje lo conoce como tal. ¿Quién se arriesgaría...?

—El ladrón —dijo G...— es el ministro D..., que se atreve a todo, tanto las cosas dignas como las indignas del hombre. La forma en que se cometió el robo es tan ingeniosa como audaz. El documento en cuestión (una carta, para ser franco) había sido recibido por un personaje a quien se lo robaron mientras se encontraba a solas en el tocador real. Mientras lo leía, se vio repentinamente interrumpido por la entrada de la otra eminente persona, de quien ella quería ocultar especialmente la carta. Después de un apresurado y vano intento de mantenerla en un cajón, se vio obligado a dejarla, abierta como estaba, sobre la mesa. Sin embargo, como la dirección estaba hacia arriba y no podía leerse el contenido, la carta podía pasar sin ser vista. Pero en ese momento aparece el ministro D... Su vista de lince inmediatamente descubre el papel, reconoce la caligrafía de la dirección, observa la confusión del personaje a quien iba dirigida y adivina su secreto. Después de tratar algunos temas de trabajo, de forma expeditiva como acostumbra, extrae una carta parecida a la que nos ocupa, la abre, finge leerla y la coloca exactamente al lado de la otra. Vuelve a hablar durante quince minutos sobre temas públicos. Finalmente, al partir, recoge de la mesa la carta que no le correspondía. Su dueño vio lo que ocurrió, pero, por supuesto, no se atrevió a advertírselo en presencia del tercer personaje que se encontraba a su lado. El ministro se marcha, dejando su carta (la que no tenía importancia) sobre la mesa.



Reflexiona.

¿Por qué no reclamó su carta?
¿Qué esconde con esa actitud?

—Pues bien —dijo Dupin, dirigiéndose a mí—, ahí tiene usted lo que necesitaba para que el dominio del ladrón fuera completo: sabe que la persona a la que fue robada la carta conoce al ladrón.

—Sí —respondió el prefecto—, y el poder así obtenido ha sido usado durante estos últimos meses para fines políticos, hasta extremos sumamente peligrosos. El personaje robado está completamente convencido, día a día, de la

necesidad de reclamar su carta. Pero, por supuesto, no puede hacerlo abiertamente. Por fin, llevado por la desesperación, me ha encargado la tarea.

—Para la que —dijo Dupin, envuelto en un torbellino de humo— no podía desearse o imaginarse un agente mejor.

—Me halaga usted —replicó el prefecto —, pero es posible que se tenga de mí esa opinión.

—Está claro —dije— que, como usted dice, la carta aún está en manos del ministro, ya que lo que confiere el poder no es la utilización de la carta sino su posesión. Con el uso, el poder desaparece.



Reflexiona.

Ante esta situación, ¿que hará el prefecto de la policía de París?

—Cierto —dijo G...—, y teniendo en cuenta esta idea, actué. Mi primera acción fue registrar la mansión del ministro, aunque lo más difícil era evitar que llegara a enterarse. Pero sobre todas las cosas, me han advertido del peligro que podría resultar de darle algún motivo para que sospeche de nuestras intenciones.

—Sin embargo —dije—, usted tiene todo tipo de facilidades en este tipo de investigaciones. La policía de París ha hecho este tipo de cosas muchas veces en el pasado.

—Sí, y por esta razón no desesperé. Las costumbres del ministro me dieron algunas ventajas. Con frecuencia, se ausenta de su casa toda la noche. El servicio no es muy numeroso. Duermen bastante lejos de las habitaciones del señor y, como casi todos son napolitanos, es muy fácil inducirles a beber abundantemente. Como ustedes saben, tengo llaves con las que puedo abrir cualquier habitación de París. Durante tres meses, no pasó una sola noche en



que no me haya dedicado a registrar personalmente la casa de D... Mi honor está en juego y, para confiarles un gran secreto, la recompensa es enorme. Entonces no abandoné la búsqueda hasta que quedé completamente satisfecho de que el ladrón es un hombre más astuto que yo. Creo que he investigado cada rincón de la casa en la que es posible que se esconda el documento.

— Pero, ¿no es posible —sugerí— que aunque la carta pueda estar en poder del ministro, como sin duda está, podría haberla ocultado en algún otro sitio que no fuera su propia casa?

—Es muy poco probable —dijo Dupin—. La peculiar situación actual de los asuntos en el tribunal y, especialmente, los casos en los que D... está involucrado, exigen que el documento esté a mano para ser exhibido en cualquier momento; que es una cuestión tan importante como su posesión.

—¿Que pueda ser exhibido? —pregunté.

—Si lo prefiere, que pueda ser *destruido* —dijo Dupin.

—Es verdad —observé—. El papel debe estar entonces en la casa. En cuanto a que el ministro lo lleve consigo, supongo que debe descartarse.

—Por completo —dijo el prefecto—. He ordenado detenerlo dos veces por falsos atracadores de caminos y he visto personalmente cómo le registraban.

—Podría haberse evitado esa molestia —dijo Dupin—. D..., supongo, no está completamente loco y, si no, debe haber supuesto estos falsos asaltos, por lógica.

—No completamente loco —dijo G...—; pero es un poeta, lo que, a mi entender, es más o menos lo mismo.

—Es verdad —dijo Dupin, después de aspirar una profunda bocanada de su pipa de espuma de mar—, aunque, por mi parte, me confieso culpable de algunas malas rimas.

—¿Por qué no cuenta los detalles de su pesquisa? —sugerí.

—Bien. El hecho es que nos tomamos nuestro tiempo y buscamos *en todos los sitios*. Tengo mucha experiencia en estos temas. Revisé todo el edificio, habitación por habitación, dedicando a cada una todas las noches de una semana entera. Primero examinamos los muebles de cada cuarto. Abrimos todos los cajones posibles y supongo que usted sabe que, para un agente de policía bien entrenado, no existe un *cajón secreto*. En una búsqueda de esta especie, el hombre que deja sin ver un cajón secreto es un estúpido. ¡Son tan *evidentes*! En cada mueble hay una cierta extensión, un cierto espacio, que debe ser explicado. Para eso tenemos reglas muy precisas. No se nos escapa ni la quincuagésima parte de una línea. Después de los armarios pasamos a las sillas. Los almohadones fueron registrados con las largas agujas que ha visto utilizar. Levantamos las tablas de las mesas.

—¿Por qué?



Reflexiona.

¿Qué relación tiene este tipo de búsqueda con la desaparición de la carta?

¿Por qué tendrán que levantar las tablas de las mesas?

¿Cómo puede ocultarse algo ahí?

¿Dónde crees que esté la carta?

—A veces, la tabla de una mesa o de un mueble similar es levantada por la persona que desea ocultar un objeto. Después se hace un orificio en cada una de las patas, allí se coloca el objeto y luego se vuelve a colocar la tabla. Ocurre lo mismo en las cabeceras y las patas de la cama.

—¿No podría detectarse la cavidad por el sonido? —pregunté.

—De ningún modo, si, una vez depositado el objeto, es rodeado con un trozo de algodón. Además, en este caso, tenemos que actuar sin hacer ruido.

—Pero no podría haber desarmado o revisado en todos los muebles en los que sería posible ocultar algo del modo en que lo está contando. Una carta puede reducirse a un delgadísimo rollo, similar en forma o volumen a una aguja de tejer y, de esa forma, podría insertarse dentro del travesaño de una silla, por ejemplo. ¿Supongo que no habrán desarmado todas las sillas?

—Por supuesto que no, pero hicimos algo mejor. Examinamos los travesaños de todas las sillas del edificio y, en realidad, las juntas de todos los muebles gracias a la ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido la menor señal de un cambio reciente, lo habríamos detectado de inmediato. Un simple grano de polvo producido por un barreno nos hubiera saltado a los ojos como si fuera una manzana. Cualquier diferencia en la encoladura, la más mínima apertura en los ensamblajes, hubiera bastado para que lo detectáramos.

—Supongo que miraron en los espejos, entre los marcos y el cristal, y también en las camas y entre las ropas de cama, al igual que en las cortinas y alfombras.

—Por supuesto. Y cuando hubimos revisado cada mueble de este modo, pasamos a la casa en sí. Dividimos toda la superficie en compartimentos, a los que dimos un número, de modo que no quedara ninguno sin controlar. Después escrutamos cada pulgada cuadrada, incluyendo las dos casas adyacentes, con el microscopio, como antes.

—¿Las dos casas adyacentes? —exclamé—. Deben de haber tenido muchos problemas.

—Los tuvimos, pero la recompensa que se ofrece es enorme.

— ¿Incluye usted el terreno contiguo a las casas?

—Todo el terreno está pavimentado con ladrillos. Nos dieron bastante poco trabajo. Examinamos el musgo entre los ladrillos y lo encontramos intacto.

—¿Buscaron entre los papeles de D..., por supuesto, y dentro de los libros de la biblioteca?

—Por supuesto. Abrimos todos los paquetes. No abrimos todos los libros pero los ojeamos cuidadosamente, sin conformarnos con sacudirlos, según lo que acostumbran hacer algunos de nuestros oficiales de policía. También medimos el espesor de cada encuadernación, estudiándola después más en detalle con el microscopio. Sí se hubiera insertado algún papel, no se nos habría escapado. Cinco o seis volúmenes que acababan de ser encuadernados fueron analizados longitudinalmente con las agujas.

—¿Exploraron los suelos, debajo de las alfombras?

—Sin duda. Quitamos todas las alfombras y examinamos el suelo con el microscopio.

—¿Y los papeles de las paredes?

—Sí.

—¿Miraron en los sótanos?

—Sí, miramos.





Reflexiona.

Ante estos resultados, ¿qué podemos deducir en cuanto al paradero de la carta?

¿Dónde más es necesario buscar?, ¿por qué?

—Entonces —dije—, ha calculado usted mal y la carta no está en el edificio, como usted supone.

—Me temo que está en lo cierto —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconsejaría usted?

—Revisar de nuevo completamente la casa.

—Eso es absolutamente innecesario—replicó G...—. Estoy tan seguro de que respiro como de que la carta no está en el edificio.

—No tengo un consejo mejor para darle —dijo Dupin—. Supongo que tiene usted una descripción exacta de la carta.

—¡Oh, sí!



Reflexiona.

¿Para qué quiere saber las características de la carta?

¿Qué planes tendrá Dupin?

El prefecto extrajo una libreta de apuntes y comenzó a leer en voz alta una descripción del aspecto interior de la carta y, sobre todo, del exterior. Inmediatamente después de terminar de leer la descripción, se fue tan deprimido como jamás lo había visto antes.

Transcurrido cerca de un mes desde entonces, nos visitó nuevamente y nos encontró igual de ocupados que la vez anterior. Tomó posesión de una pipa y una silla y comenzó una conversación trivial. Al cabo de un rato le dije:



Reflexiona.

¿Cómo imaginas que son las características de la carta que describió el prefecto?

¿Cómo los encontró al entrar en la oficina?

¿Qué noticias lleva del asunto por investigar?

—Bien, G... ¿qué pasó con la carta perdida? Supongo que se habrá convencido por fin de que no es nada fácil atrapar al ministro.

—¡El diablo se lo lleve! Volví a examinar la casa, como sugirió Dupin, pero fue en vano, como sabía que ocurriría.

—¿A cuánto dijo que ascendía la recompensa ofrecida? —preguntó Dupin.

—Bueno, mucho, muchísimo dinero. No quiero decir cuánto exactamente, pero lo que sí diré es que no me importaría entregar un cheque de cincuenta mil francos a quien me pudiera conseguir esa carta. El hecho es que cada día adquiere más importancia y la recompensa ha sido duplicada recientemente. Sin embargo, aunque fuera triplicada, no podría hacer más de lo que he hecho.

—Pues, la verdad... —dijo Dupin, entre bocanadas de humo—. Realmente pienso, G..., que usted no ha llegado hasta el fin, que no ha hecho todo lo que podía hacer. Podría hacer algo más, creo, ¿no?



Reflexiona.

¿Por qué le dice que le faltan acciones por emprender?

¿Por qué Dupin se manifiesta así?

¿Sabrá algo que el policía no sabe?

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Bueno... puf... puf... Podría usted... puf... pedir consejo sobre el tema... puf... puf... ¿Recuerda la historia que cuentan sobre Abernethy?

—No. ¡Al diablo con Abernethy!

—De acuerdo. ¡Al diablo, pero bienvenido! Había una vez cierto avaro que tuvo la idea de obtener gratis el consejo médico de Abernethy. Aprovechó una reunión y una conversación corrientes para explicar un caso personal como si se tratara del de otra persona. “Supongamos”, dijo, “que sus síntomas son tales y cuales, doctor, ¿qué le habría recomendado que hiciera?” “Le aconsejaría”, dijo Abernethy, “que consultara con un médico”.

—¡Vamos! —exclamó el prefecto, bastante desconcertado—. Estoy totalmente dispuesto a pedir consejo y pagar por ello. *Realmente* daría mis cincuenta mil francos a quien me ayudara en este tema.

—En ese caso —respondió Dupin, abriendo un cajón y extrayendo un talonario de cheques—, podría usted rellenar un cheque por el monto mencionado. Cuando lo haya firmado, yo le entregaré la carta.



Reflexiona.

- ¿Crees realmente que Dupin tiene la carta?
- ¿Cómo llegó a sus manos?
- ¿Qué hará el prefecto?

Me quedé estupefacto. El prefecto parecía fulminado. Durante algunos minutos, se quedó mudo e inmóvil, mirando con incredulidad a mi amigo con la boca abierta y con los ojos que parecían salirse de las órbitas. Después, recuperándose un poco, tomó una pluma y, después de algunas pausas y miradas perdidas, rellenó y firmó el cheque por cincuenta mil francos y se lo entregó a Dupin por encima de la mesa. Dupin lo examinó con cuidado y lo depositó en su libreta de bolsillo; después, abrió un escritorio, tomó de allí una carta y se la dio al prefecto. El funcionario se aferró a ella en una perfecta agonía de gozo, la abrió temblando, dirigió una rápida mirada a su contenido y, después, lanzándose tambaleante hacia la puerta, salió por fin, de manera brusca, de la habitación y de la casa, sin haber pronunciado palabra desde que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Cuando se hubo ido, mi amigo comenzó con las explicaciones.

—La policía de París —dijo— es muy hábil a su manera. Es perseverante, ingeniosa, astuta y muy versada en el conocimiento que parece exigir su deber. De este modo, cuando G... nos detalló su forma de búsqueda en el edificio de D..., confié completamente en que hubiera hecho una investigación satisfactoria, hasta donde alcanza su trabajo.

—¿Hasta donde podía alcanzar su trabajo? —pregunté.

—Sí —dijo Dupin—. Las medidas adoptadas no solo eran las mejores de su estilo sino que eran absolutamente perfectas. Si la carta hubiera sido depositada dentro del ámbito de su búsqueda, estos hombres, sin duda, la habrían encontrado.

Comencé a reír, pero Dupin parecía hablar muy en serio.



Reflexiona.

- ¿A qué medidas se refiere Dupin?
- ¿Qué detalles tomó en cuenta para recuperarla?
- ¿Dónde crees que la encontró?

—Las medidas —dijo— eran buenas en su género y fueron bien ejecutadas. El defecto residía en que eran inaplicables a este caso y a este hombre. Una cierta cantidad de recursos muy ingeniosos constituyen, para el prefecto, una especie de lecho de Procrustes, en el cual quiere meter a la fuerza sus designios. Pero siempre se equivoca por ser demasiado profundo o demasiado superficial para el caso, y más de un colegial razonaría mejor que él. Conocí a uno de ocho años de edad cuyos triunfos en los juegos de “par e impar” atraían la admiración general. Este juego es simple y se juega con piedrecitas. Un jugador tiene en la mano una cantidad de estas piedrecitas y pregunta al otro si el número que tiene es par o impar. Si adivina, gana una piedrecita. Si no adivina, pierde una. El niño de quien hablo ganaba todas las piedrecitas del colegio. Por supuesto, tenía un método de adivinación que consistía en la simple observación y en el cálculo de la astucia de sus contrincantes. Por ejemplo, uno de ellos, que



es un perfecto tonto, levanta la mano cerrada y le pregunta: “¿Par o impar?” Nuestro colegial responde: “Impar” y pierde, pero a la segunda vez gana, ya que se ha dicho a sí mismo: “El tonto tenía pares la primera vez y su astucia no dudará en preparar impares para la segunda. Por lo tanto, diré impar”. Lo dice y gana. Ahora, si le toca jugar con un tonto algo superior al anterior, razonará así: “Este niño sabe que la primera vez elegí impar y en la segunda se le ocurrirá como primer impulso pasar de par a impar, pero entonces un nuevo impulso le dirá que ese cambio es demasiado simple y, finalmente, se decidirá a poner piedrecitas pares como la primera vez. Por lo tanto, diré pares”. Así lo hace y gana. Esta manera de razonar del colegial, a quien sus compañeros llaman “afortunado”, ¿en qué consiste si se la analiza con cuidado?



Reflexiona.

¿Qué respuesta diste a la pregunta que hizo Dupin?
¿Qué relación tiene toda esta explicación con la recuperación de la carta?

—Consiste —repuse— en la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.

—Exactamente —respondió Dupin—, y al preguntar al niño cómo efectuaba la *completa* identificación para lograr ese éxito, recibí la siguiente respuesta: “Cuando quiero descubrir cuán sabio, cuán estúpido, cuán bueno o cuán malo es alguien, cuáles son sus pensamientos en ese momento, imagino la expresión de mi cara, con tanta exactitud como sea posible, de acuerdo con la expresión de la suya y luego espero para ver qué pensamientos o sentimientos aparecen en mi mente o en mi corazón, que se correspondan con dicha expresión”. Esta respuesta del colegial está en la base de toda la falsa profundidad atribuida a La Rochefoucauld, La Bougive, Maquiavelo y Campanella.

—Y la identificación —dije— del intelecto del razonador con el del oponente, depende, si he entendido bien, de la exactitud con que se mida el intelecto del oponente.



Reflexiona.

¿Qué hizo Dupin para identificar el intelecto de su oponente?

¿En qué centró su atención?

¿Qué consideró Dupin para encontrar la carta?

—Depende de ello para sus resultados prácticos —respondió Dupin—, y el prefecto y su cohorte fracasan con tanta frecuencia, primero, por error en esa identificación y, segundo, por medir mal o, mejor dicho, por no medir el intelecto con el que se miden. Consideran solo sus *propias* ideas ingeniosas y, al buscar algo oculto, se fijan solo en el modo en que *ellos* lo hubieran escondido. Tienen mucha razón en la medida en que su propio ingenio es representación fiel del de la masa; pero cuando la astucia del malhechor posee un carácter diferente de la suya, el malhechor los derrota, por supuesto.



Reflexiona.

¿A qué se debieron los métodos de búsqueda empleados por la policía?

¿Fueron los métodos usuales?

Ya tienes más datos; ¿dónde estaba la carta?

¿Tendría que ver la recompensa con la forma en que se realizó la investigación?

—Esto siempre ocurre cuando está por encima de la propia y con mucha frecuencia, cuando está por debajo. Los policías no admiten variación de principio en sus investigaciones; como mucho, cuando ocurre alguna emergencia inusual, como una recompensa extraordinaria, extienden o exageran sus antiguos métodos de *práctica*, sin tocar sus principios. Por ejemplo, ¿qué se hizo en el caso de D... para variar el principio de acción? ¿Qué son estas perforaciones, estas investigaciones con el microscopio, esa división de la superficie del edificio en pulgadas cuadradas numeradas? ¿Qué es todo eso

sino una exageración de la *aplicación* de uno de los principios o del conjunto de los principios de la investigación, que se basan en un conjunto de nociones relativas al ingenio humano, a las que está acostumbrado el prefecto en la larga rutina de su deber? ¿No ha notado usted que da por hecho que *todos* los hombres esconden una carta, si no exactamente en un agujero practicado en la pata de una silla, por lo menos en algún agujero o rincón sugerido por la misma línea de pensamiento que hace que un hombre decida esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? Observe también que tales escondrijos rebuscados sólo se utilizan en ocasiones comunes por mentes comunes; es decir, que en todos los casos de ocultamiento cabe presumir, en primer término, que se ha efectuado dentro de esas líneas. De este modo, su descubrimiento depende no de la perspicacia sino solo del simple cuidado, paciencia y determinación de los investigadores. Y cuando el caso es importante (o, lo que es lo mismo a los ojos de la policía, cuando la recompensa es importante) las cualidades referidas no fracasan *nunca*.



Reflexiona.

¿En qué lugar se encontraba la carta?
¿Cómo supo Dupin su paradero?

Ahora comprenderá usted lo que quiero decir cuando sugiero que, si la carta hubiera sido escondida en algún lugar dentro de los límites en que el prefecto investigó (en otras palabras, si el principio de su ocultamiento hubiera estado dentro de los principios del prefecto), su descubrimiento no habría sido un problema. Sin embargo, este funcionario ha sido desconcertado completamente y la fuente remota de su derrota reside en la suposición de que el ministro es un loco, porque tiene fama de poeta. Todos los locos son poetas, siente el prefecto, y cabe considerarlo culpable de un *non distributio medii* por concluir de lo anterior que todos los poetas son locos.

—Pero, ¿se trata realmente del poeta? —pregunté—. Sé que son dos hermanos y ambos tienen cierta reputación en el área de las letras. El ministro, creo, ha escrito una obra sobre el cálculo diferencial. Es un matemático, no un poeta.

—Se equivoca usted. Se lo explicaré bien. Es ambas cosas. Como poeta y matemático, puede razonar bien; como simple matemático, no podría haber razonado nada y entonces habría estado a merced del prefecto.

—Usted me sorprende —dije— por estas opiniones, que contradicen el consenso mundial. Supongo que no pretende aniquilar unas ideas que tienen siglos de existencia. La razón matemática ha sido considerada por mucho tiempo como la razón *por excelencia*.

—*Il y a à parièr* —contestó Dupin, citando a Chamfort— *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenue au plus grand nombre*.^{*} Le garantizo que los matemáticos han hecho todo lo posible por promulgar el error popular al que usted hace referencia y que es, sin embargo, un error. Con arte digno de una mejor causa, por ejemplo, han introducido el término «análisis» en las operaciones algebraicas. Los franceses son los causantes de este engaño, pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras derivan su valor de su aplicación, entonces concedo que «análisis», expresa «álgebra», como, en latín, *ambitus* quiere decir «ambición», *religio*, «religión», u *homines honesti*, la clase de hombres honorables.

—Me temo que tendrá alguna discusión —dije— con algunos algebristas de París. Pero continúe.

—Niego la validez y, por tanto, el valor de esa razón que se cultiva de alguna forma especial que no sea la lógica abstracta. En especial, niego la razón extraída del estudio matemático. Las matemáticas son una ciencia de forma y cantidad. El razonamiento matemático es simplemente lógica aplicada a la observación de la forma y la cantidad. El gran error reside en suponer que incluso las verdades de lo que se llama álgebra pura son verdades abstractas o generales. Quiero decir —continuó Dupin, mientras yo simplemente me reía de esta última observación—, que si el ministro no hubiera sido más que matemático, el prefecto no habría tenido necesidad de darme este cheque. Sin embargo, lo conocía tanto matemático como poeta y mis medidas fueron adaptadas a su capacidad, con

^{*} “Se puede apostar que toda idea pública, toda convención recibida, es una necesidad, porque ha convenido a la mayoría.”

referencia a las circunstancias que lo rodeaban. Sabía que es un cortesano y un audaz intrigante.



Reflexiona.

¿Qué relación tiene esta información con las cualidades del autor del robo de la carta?

¿Para qué hizo toda esta reseña Dupin y a qué resultado llegó?

—Consideré que un hombre así no podía desconocer las formas de acción de la policía. No habría dejado de prever (y los hechos prueban que así fue) los falsos asaltos a que fue sometido. Reflexioné que debe haber previsto la investigación de su casa. Sus ausencias frecuentes del hogar por las noches, consideradas por el prefecto como una gran ayuda para su triunfo, me parecieron simples astucias destinadas a brindar oportunidades a la investigación y convencer cuanto antes a la policía de que la carta no estaba oculta en la casa y así hacerlos llegar a la convicción a la que llegó, es decir, la convicción de que la carta no estaba en la casa. También sentí que toda la serie de pensamientos que con algún trabajo acabo de exponerle y que se refieren al principio invariable de la acción policial en sus búsquedas de objetos ocultos, no podía dejar de ocurrírsele al ministro. Imperativamente, lo llevaría a desestimar todos los escondrijos comunes. Reflexioné que ese *hombre* no podía ser tan simple como para no ver que el rincón más remoto e inaccesible de su casa estaría abierto como el más vulgar de los armarios a los ojos, las sondas, los barrenos y los microscopios del prefecto. En definitiva, vi que D... terminaría necesariamente en la *simplicidad*, si no la adoptaba por propia elección. Tal vez, recordará usted la desesperación con que el prefecto rio cuando le sugerí en la primera entrevista, que era posible que ese misterio le preocupaba tanto dado que era evidente por sí mismo.

—Sí —dije—, lo recuerdo muy bien. Por un momento, pensé que le iban a dar convulsiones.

—El mundo material —continuó Dupin— abunda en estrictas analogías con el inmaterial y así se tiñe de verdad el dogma retórico según el cual la metá-

fora o el símil pueden reforzar el argumento, así embellecer una descripción. El principio de la *vis inertiae*, por ejemplo, parece idéntico en física y matemáticas. Si en física resulta cierto que es más difícil poner en movimiento un cuerpo grande que uno pequeño y el impulso o cantidad de movimiento subsecuente estará en relación con la dificultad, no menos cierto es en matemáticas que los intelectos de máxima capacidad, aunque más vigorosos, constantes y eficaces en sus avances que los de grado inferior, son más lentos en iniciar dicho avance no llenos de dudas en los primeros pasos de su camino. Además, ¿alguna vez ha notado usted qué señales callejeras sobre las puertas de las tiendas son las que más llaman la atención?

—Nunca pensé en ello —contesté.

—Hay un juego de adivinación —continuó— que se juega sobre un mapa. Un participante pide a otro que encuentre una determinada palabra, el nombre de una ciudad, de un río, un estado o un imperio, cualquier palabra sobre la compleja superficie del mapa. Un novato en el juego siempre buscará incomodar a sus oponentes dando el nombre de letras más pequeñas, pero el que juega a menudo selecciona las palabras que se extienden, en letras grandes, de un lado al otro del mapa. Estas, al igual que los otros carteles grandes de la calle, escapan a la observación por ser demasiado obvias, y, en esto, la desatención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta aquellas consideraciones que resulten excesivas o palpablemente evidentes. Sin embargo, este parece ser un punto un poco por encima o por debajo del entendimiento del prefecto.



Reflexiona.

En relación con todo esto ¿dónde estaba depositada la carta?

¿Cuál era la intención del que la robó al depositarla en ese lugar?

—Nunca pensó que fuera posible o probable que el ministro hubiera depositado la carta en la cara de todo el mundo para intentar que nadie pudiera verla. Pero cuanto más reflexioné acerca del audaz, decidido y característico

ingenio de D..., en que el documento debía hallarse siempre a mano si tenía la intención de usarlo para sus fines, y sobre la prueba decisiva, obtenida por el prefecto, de que no estaba escondido entre los límites de búsqueda normal, más satisfecho me sentía de que, para ocultar esta carta, el ministro había recurrido al más amplio y sagaz de todos los expedientes: no ocultarla.



Reflexiona.

Con base en esto, ¿qué hizo Dupin para dar con el documento?

¿Cuál fue su plan por seguir?

—Con todas estas ideas, me puse un par de gafas verdes y fui una mañana como por casualidad, a la casa del ministro. Hallé a D... en casa, bostezando, paseándose sin hacer nada y fingiendo estar en el límite del aburrimiento. Tal vez, él fuera el hombre con más energía de los que viven actualmente, pero eso solo cuando nadie lo ve. Para estar a su altura lamenté la necesidad de las gafas, bajo cuya protección pude estudiar con cuidado y por completo toda la habitación, mientras en apariencia seguía con atención las palabras de mi anfitrión. Presté especial atención al gran escritorio cerca del sitio donde él estaba sentado y sobre el que había varias cartas y otros papeles desordenados, además de uno o dos instrumentos musicales y algunos libros. Sin embargo, después de un largo y deliberado escrutinio, no vi nada que despertara mis sospechas. Dando la vuelta a la habitación, mis ojos cayeron por fin sobre un insignificante tarjetero de cartón recortado que colgaba, sujeto por una cinta azul, de una pequeña perilla de bronce en medio de la repisa de la chimenea. En esta repisa, que tenía tres o cuatro compartimientos, había cinco o seis tarjetas de visita y una sola carta. Estaba rota casi por la mitad, como si hubiera habido, una tras otra, intenciones de destruirla por inútil. Tenía un gran sello negro, con el monograma de D... muy visible a la dirección, dirigida al mismo ministro, revelaba una letra menuda y femenina. La carta había sido arrojada con descuido, casi se diría que desdeñosamente, en uno de los compartimientos superiores del tarjetero. En cuanto vi esta carta, deduje que era la que estaba buscando. Estaba seguro de que era, en todos los aspectos, totalmente diferente de la que el prefecto nos había descrito tan minuciosamente. En este caso, el sello era grande y negro, con

el monograma de D...; en el otro, era pequeño y rojo, con el escudo de armas de la familia S... En esta, la dirección, dirigida al ministro, era diminuta y femenina; en aquella, la dirección, dirigida a un personaje real, era grande y de trazo decidido. Solo el tamaño presentaba analogía. Pero lo *radical* de estas diferencias, que eran excesivas; la suciedad; el estado semidestruido del papel, tan inconsistente con los *verdaderos* hábitos metódicos de D... y tan sugestivos de la intención de engañar sobre el verdadero valor del documento; todo esto, junto con la ubicación de la carta, a la vista de cualquier visitante y, por tanto, de acuerdo con las conclusiones a las que yo había llegado con anterioridad; todo esto, digo, corroboraba la sospecha de una persona que venía con la intención de sospechar. Prolongué la visita todo lo posible y, mientras mantenía una charla muy animada con el ministro sobre un tema que siempre le había interesado y entusiasmado, mantuve mi atención en la carta. En este estudio, traté de retener en la memoria su aspecto externo y su posición en la repisa, pero finalmente llegué a descubrir algo que disipó las últimas dudas que podía haber tenido. Al mirar atentamente los bordes del papel, noté que estaban más ajados de lo que correspondía. Presentaban el aspecto *roto* de un papel grueso que, después de doblarlo y aplastarlo con una plegadera, luego se dobla en sentido contrario, usando los mismos pliegues formados la primera vez. Este descubrimiento fue suficiente. Estaba claro que la carta había sido dada vuelta como un guante para ponerle una nueva dirección y otro sello.



Reflexiona.

- ¿Por qué Dupin no se llevó la carta en este momento?
- ¿Qué esperaba para tomarla?
- ¿Qué haría para recuperarla?

—Me despedí del ministro y me fui en seguida, dejando sobre la mesa una tabaquera de oro. A la mañana siguiente volví a buscar la tabaquera y continuamos, con ansiedad, la conversación del día anterior. Sin embargo, mientras estábamos así entretenidos, escuchamos un disparo fuerte, como de pistola, debajo de la ventana, que fue seguido por una serie de temerosos gritos y las voces de una multitud aterrorizada. D... corrió hasta una ventana, la abrió de par en par y miró hacia fuera. Mientras tanto, fui hacia la repisa de las tarjetas,

tomé la carta, me la puse en el bolsillo y la remplacé por un facsímil (por lo menos en su aspecto exterior) que había preparado en mi casa, imitando el monograma de D... con ayuda de un sello hecho con miga de pan. El motivo del alboroto en la calle había sido causado por el comportamiento extravagante de un hombre armado con un fusil. Había disparado entre una multitud de mujeres y niños. Sin embargo, se comprobó que el arma no estaba cargada y los que allí estaban dejaron en libertad al individuo, por considerarlo borracho o loco. Cuando se hubo ido, D... se apartó de la ventana adonde me había aproximado una vez que me hube apropiado del objeto. Poco después, me despedí de él. El supuesto lunático era un hombre a quien yo había pagado.

—¿Qué intenciones tenía usted —pregunté— al remplazar la carta por el facsímil? ¿No habría sido mejor, en la primera visita, tomarla directamente y huir?



Reflexiona.

- ¿Cuáles eran las intenciones de Dupin?
- ¿Por qué prolongar la idea de que aún estaba en ese lugar la carta?
- ¿Que pasará cuando se den cuenta de que la carta no es la que está en ese sitio?
- ¿Se sabrá quién cambió la carta y por qué?

—D... —respondió Dupin— es un hombre resuelto y lleno de coraje. En su casa no faltan servidores dedicados a su causa. Si hubiera hecho el intento que usted sugiere, podría no haber salido de allí con vida. El buen pueblo de París nunca más habría oído hablar de mí. Pero yo tenía otro objetivo además de estas consideraciones. Usted conoce mis preferencias políticas. En este asunto, actúo como un partidario de la mujer implicada. Durante dieciocho meses, el ministro la ha tenido en su poder. Ahora ella lo tiene a él a su merced, ya que, al no saber que la carta no está en su poder, actuará como si la tuviera. Esto lo llevará inevitablemente a la decadencia política. Además, su caída será tan apresurada como ridícula. Está muy bien hablar de *facilis descensus Avernus*; pero, en materia de ascensos, tal como la Catalani decía del canto, es más fácil subir que bajar. En el caso que nos ocupa, no tengo ninguna simpatía, o por lo menos compasión, por el que baja. D... es el *monstrum horrendum*, un hombre de genio sin principios. Sin embargo, confieso que me gustaría cono-

cer el carácter preciso de sus pensamientos, cuando, desafiado por aquella a quien el prefecto llama “cierto personaje”, se vea forzado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

—¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

—Bueno, no me pareció correcto dejar el interior en blanco. Eso habría sido insultante. Una vez, en Viena, D... me jugó una mala pasada y, sin perder el buen humor, le dije que no la olvidaría. Entonces, como sabía que él sentiría especial curiosidad por conocer la identidad de la persona que lo había superado en ingenio, me pareció una pena que no le diéramos una clave. Él conoce perfectamente mi letra y me limité a copiar en el centro de la hoja blanca las siguientes palabras:

Un dessein si funeste,

*S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.**

La hallará usted en el *Atrée* de Crébillon.



*Un dessein si funeste,
S'il n'est digne d'Atrée,
est digne de Thyeste.*

* Tan funesto designio, si no es digno de Atreo, digno, en cambio, es de Tiestes.

Después de la lectura

■ **Contesta las siguientes preguntas.**

¿Qué te pareció la lectura?

¿Acertaste en relación con el caso que se aborda en la lectura con base en el título?

¿Cuál fue el caso por resolver?

¿Tú qué harías para resolver el caso o situación planteada?

Escribe los detalles de la información que identificaste y que permitieron resolver el problema de forma más rápida y acertada.

La casa vacía*

Arthur Conan Doyle



Reflexiona.

¿Qué te sugiere el título?

¿Quiénes serán los personajes?

Por la tarde di un paseo por el parque, y a eso de las seis me encontré en el extremo de Park Lane que desemboca en Oxford Street. En la acera había un grupo de desocupados, todos mirando hacia una ventana concreta, que me indicó cuál era la casa que habían venido a ver. Un hombre alto y flaco, con gafas oscuras y todo el aspecto de ser un policía de paisano, estaba exponiendo alguna teoría propia, mientras los demás se apretujaban a su alrededor para escuchar lo que decía. Me acerqué todo lo que pude, pero sus comentarios me parecieron tan absurdos que retrocedí con cierto disgusto. Al hacerlo tropecé con un anciano contrahecho que estaba detrás de mí, haciendo caer al suelo varios libros que llevaba. Recuerdo que, al agacharme a recogerlos, me fijé en el título de uno de ellos, *El origen del culto a los árboles*, lo que me hizo pensar que el tipo debía ser un pobre bibliófilo que, por negocio o por afición, coleccionaba libros raros. Le pedí disculpas por el tropiezo, pero estaba claro que los libros que yo había maltratado tan desconsideradamente eran objetos preciosísimos para su propietario. Dio media vuelta con una mueca de desprecio y vi desaparecer entre la multitud su espalda encorvada y sus patillas blancas.

Más desconcertado que nunca, dirigí mis pasos de vuelta hacia Kensington. No llevaba ni cinco minutos en mi estudio cuando entró la doncella, diciendo que una persona deseaba verme. Cuál no sería mi sorpresa al ver que el visitante no era sino el extraño anciano coleccionista de libros, con su rostro afilado y marchito enmarcado por una masa de cabellos blancos, y sus preciosos volúmenes —por lo menos una docena— encajados bajo el brazo derecho.

* Conan Doyle, Arthur. *Aventuras de Sherlock Holmes. La casa vacía*. Editorial Porrúa. México, 1979, pp. 93-109.



Reflexiona.

- ¿Qué tiene que ver esta persona con el asesinato?
- ¿Para qué lo quiere ver?
- ¿Será que se conocen de otro lugar?

—Parece sorprendido de verme, señor —dijo con voz extraña y cascada.

Reconocí que lo estaba.

—Verá usted, yo soy hombre de conciencia, así que vine cojeando detrás de usted, y cuando le vi entrar en esta casa me dije: voy a pasar a saludar a este caballero tan amable y decirle que aunque me he mostrado un poco grosero no ha sido con mala intención, y que le agradezco mucho que haya recogido mis libros.

—Da usted demasiada importancia a una nadería —dije yo—. ¿Puedo preguntarle cómo sabía quién era yo?

—Bien, señor, si no es tomarme excesivas libertades, le diré que soy vecino suyo; encontrará usted mi pequeña librería en la esquina de Church Street, donde estaré encantado de recibirle, ya lo creo. A lo mejor es usted coleccionista, señor; aquí tengo *Aves de Inglaterra*, el *Catulo*, *La guerra santa...*, auténticas gangas todos ellos. Con cinco volúmenes podría usted llenar ese hueco del segundo estante. Queda feo, ¿no le parece, señor?

Volví la cabeza para mirar la estantería que tenía detrás y cuando miré de nuevo hacia delante vi a Sherlock Holmes sonriéndome al otro lado de mi mesa. Me puse en pie, lo contemplé durante algunos segundos con el más absoluto asombro, y luego creo que me desmayé por primera y última vez en mi vida. Recuerdo que vi una



niebla gris girando ante mis ojos, y cuando se despejó noté que me habían desabrochado el cuello y sentí en los labios un regusto picante a brandy. Holmes estaba inclinado sobre mi silla con una botellita en la mano.

—Querido Watson —dijo la voz inolvidable—. Le pido mil perdones. No podía sospechar que le afectaría tanto.

Yo le agarré del brazo y exclamé:

—¡Holmes! ¿Es usted de verdad? ¿Es posible que esté vivo? ¿Cómo se las arregló para salir de aquel espantoso abismo?

—Un momento —dijo él—. ¿Está seguro de encontrarse en condiciones de charlar? Mi aparición, innecesariamente dramática, parece haberle provocado un terrible sobresalto.

—Estoy bien. Pero, de verdad, Holmes, aún no doy crédito a mis ojos. ¡Cielo santo! ¡Pensar que está usted aquí en mi estudio, usted precisamente! —volví a agarrarlo de la manga y palpé el brazo delgado y fibroso que había debajo—. Bueno, por lo menos sé que no es usted un fantasma —dije—. Querido amigo, ¡cómo me alegro de verlo! Siéntese y cuénteme cómo logró salir vivo de aquel terrible precipicio.

Se sentó frente a mí y encendió un cigarrillo con el estilo desenfadado de siempre. Todavía vestía la raída levita del librero, pero el resto de aquel personaje había quedado reducido a una peluca blanca y un montón de libros sobre la mesa. Holmes parecía aún más flaco y enérgico que antes, pero su rostro aguileño presentaba una tonalidad blanquecina que me indicaba que no había llevado una vida muy saludable en los últimos tiempos.

—¡Qué gusto da estirarse, Watson! —dijo—. Para un hombre alto, no es ninguna broma rebajar su estatura un palmo durante varias horas seguidas. Ahora, querido amigo, con respecto a esas explicaciones que me pide..., tenemos por delante, si es que puedo solicitar su cooperación, una noche bastante agitada y llena de peligros. Tal vez sería mejor que se lo explicara todo cuando hayamos terminado el trabajo.

—Soy todo curiosidad. Preferiría con mucho oírlo ahora.

—¿Vendrá conmigo esta noche?

—Cuando quiera y a donde quiera.



Reflexiona.

¿Te sorprendió saber quién era el anciano?

¿Acertaste en tus predicciones?

Ahora, ¿a dónde se dirigirán?

¿Tendrá que ver esta salida con el esclarecimiento del crimen?

—Como en los viejos tiempos. Tendremos tiempo de comer un bocado antes de salir. Pues bien, en cuanto a ese precipicio, no tuve grandes dificultades para salir de él, por la sencilla razón de que nunca caí en él.

—¿Que no cayó usted?

—No, Watson, no caí. La nota que le dejé era absolutamente sincera. Tenía pocas dudas de haber llegado al final de mi carrera cuando percibí la siniestra figura del difunto profesor Moriarty erguida en el estrecho sendero que conducía a la salvación. Leí en sus ojos grises una determinación implacable. Así pues, intercambié con él unas cuantas frases y obtuve su cortés permiso para escribir la notita que usted recibió. La dejé con mi pitillera y mi bastón y luego eché a andar por el desfiladero con Moriarty pisándome los talones. Cuando llegamos al final, me dispuse a vender cara mi vida. Moriarty no sacó ningún arma, sino que se abalanzó sobre mí, rodeándome con sus largos brazos. También él sabía que su juego había terminado, y solo deseaba vengarse de mí. Forcejeamos al borde mismo del precipicio. Sin embargo, yo poseo ciertos conocimientos de baritsu, el sistema japonés de lucha, que más de una vez me han resultado muy útiles. Me solté de su presa y Moriarty lanzó un grito horrible, pataleó como un loco durante unos instantes y trató de agarrarse al aire con las dos manos. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no logró mante-

ner el equilibrio y se despeñó. Asomando la cara sobre el borde del precipicio, le vi caer durante un largo trecho. Luego chocó con una roca, rebotó y se hundió en el agua. —Yo escuchaba asombrado esta explicación, que Holmes iba dándome entre chupada y chupada a su cigarrillo.

—Pero ¿y las huellas? —exclamé—. Yo vi con mis propios ojos dos series de pisadas que entraban en el desfiladero, y ninguna de regreso.



Reflexiona.

Conociendo las habilidades que tiene Holmes, ¿cómo crees que hizo para regresar?
¿Cómo pudo escapar en ese momento?

—Esto es lo que sucedió: en el mismo instante de la muerte del profesor me di cuenta de la extraordinaria oportunidad que me ofrecía el destino. Sabía que Moriarty no era el único que había jurado matarme. Había, por lo menos, otros tres hombres, cuyo afán de venganza se vería acrecentado por la muerte de su jefe. Por otra parte, si todo el mundo me creía muerto, estos hombres se confiarían, cometerían imprudencias y, tarde o temprano, yo podría acabar con ellos. Entonces habría llegado el momento de anunciar que todavía pertenecía al mundo de los vivos. Es tal la rapidez con que funciona el cerebro que creo que ya había pensado todo esto antes de que el profesor Moriarty llegara al fondo de la catarata de Reichenbach.



Reflexiona.

¿Qué fue lo que hizo Holmes?

Me levanté y examiné la pared rocosa que tenía detrás. En el pintoresco relato que usted escribió, y que yo leí con enorme interés varios meses más tarde, aseguraba usted que la pared era lisa, lo cual no es del todo exacto. Había algunos salientes pequeños y me pareció distinguir una cornisa. El precipicio era tan alto que parecía completamente imposible trepar hasta arriba, pero también resultaba imposible regresar por el sendero mojado sin dejar algunas huellas.

Es cierto que podría haberme puesto las botas al revés, como ya he hecho otras veces en ocasiones similares, pero la presencia de tres series de pisadas en la misma dirección habría hecho sospechar un engaño. En conclusión, me pareció que lo mejor era arriesgarme a trepar. Le aseguro, Watson, que no fue una escalada agradable. La catarata rugía debajo de mí. Soy propenso a imaginar cosas, pero le doy mi palabra que me parecía oír la voz de Moriarty llamándome desde el abismo. El menor desliz habría resultado fatal. Más de una vez, cuando se desprendía el puñado de hierba al que me agarraba o mis pies resbalaban en las grietas húmedas de la roca, pensé que todo había terminado. Pero seguí trepando como pude, y por fin alcancé una cornisa de más de un metro de anchura, cubierta de musgo verde y suave, donde podía permanecer tendido cómodamente sin ser visto. Allí me encontraba, querido Watson, cuando usted y sus acompañantes investigaban, de la forma más conmovedora e ineficaz, las circunstancias de mi muerte.



Reflexiona.

¿Qué tanto te acercaste a la verdad con tus predicciones?
¿Qué aprovechó Holmes para escapar?

Por fin, cuando todos ustedes hubieron sacado sus inevitables y completamente erróneas conclusiones, se marcharon al hotel y yo quedé solo. Pensaba que ya habían terminado mis aventuras, pero un hecho completamente inesperado me demostró que aún me aguardaban sorpresas. Un enorme peñasco cayó de lo alto, pasó rozándome, chocó contra el sendero y se precipitó en el abismo. Por un momento pensé que se trataba de un accidente, pero un instante después miré hacia arriba y vi la cabeza de un hombre recortada contra el cielo nocturno, mientras una segunda roca golpeaba la cornisa misma en la que yo me encontraba, a un palmo escaso de mi cabeza. Por supuesto, aquello solo podía significar una cosa: Moriarty no había estado solo. Un cómplice —y me había bastado aquel fugaz vistazo para saber lo peligroso que era dicho cómplice— había montado guardia mientras el profesor me atacaba. Desde lejos, sin que yo lo advirtiera, había sido testigo de la muerte de su amigo y de mi escapatoria. Había aguardado su momento y ahora, tras dar un rodeo hasta lo alto del precipicio, estaba intentando conseguir lo que su camarada no había logrado.

No tuve mucho tiempo para pensar en ello, Watson. Volví a ver aquel siniestro rostro sobre el borde del precipicio y supe que anunciaba la caída de otra piedra. Me descolgué hasta el sendero. Creo que habría sido incapaz de hacerlo a sangre fría, porque bajar era cien veces más difícil que subir, pero no tuve tiempo de pensar en el peligro, pues otra roca pasó zumbando junto a mí mientras yo colgaba agarrado con las manos al borde de la cornisa. A la mitad del descenso resbalé, pero gracias a Dios fui a caer en el sendero, lleno de arañazos y sangrando. Eché a correr, recorrí en la oscuridad diez millas de montaña y una semana después me encontraba en Florencia, con la certeza de que nadie en el mundo sabía lo que había sido de mí.



Reflexiona.

- ¿Quién sabía de su existencia?
- ¿Cómo logró sobrevivir?
- ¿Cómo llegó hasta ese lugar y localizar a Watson?

—Solo he tenido un confidente, mi hermano Mycroft. Le pido mil perdones, querido Watson, pero era fundamental que todos me creyeran muerto, y estoy completamente seguro de que usted no habría podido escribir un relato tan convincente de mi desdichado final si no hubiera estado convencido de que era cierto. Varias veces he tomado la pluma para escribirle durante estos tres años, pero siempre temí que el afecto que usted siente por mí le impulsara a cometer alguna indiscreción que traicionara mi secreto. Por esta razón me alejé de usted esta tarde cuando usted tiró mis libros, porque la situación era peligrosa y cualquier señal de sorpresa y emoción por su parte podría haber llamado la atención hacia mi identidad, con consecuencias lamentables e irreparables. En cuanto a Mycroft, tuve que confiar en él para obtener el dinero que necesitaba. En Londres, las cosas no salieron tan bien como yo había esperado, ya que el juicio contra la banda de Moriarty dejó en libertad a dos de sus miembros más peligrosos, mis dos enemigos más encar-



nizados. Así pues, me dediqué a viajar durante dos años por el Tíbet, y me entretuve visitando Lhasa y pasando unos días con el Gran Lama. Quizás haya leído usted acerca de las notables exploraciones de un noruego apellidado Sigerson, pero estoy seguro de que jamás se le ocurrió pensar que estaba recibiendo noticias de su amigo. Después atravesé Persia, me detuve en La Meca y realicé una breve, pero interesante visita al califa de Jartum, cuyos resultados he comunicado al Foreign Office. De regreso a Francia, pasé varios meses investigando sobre los derivados del alquitrán de carbón en un laboratorio de Montpellier, en el sur de Francia. Habiendo concluido la investigación con resultados satisfactorios, y enterado de que solo quedaba en Londres uno de mis enemigos, me disponía a regresar cuando recibí noticias de este curioso misterio de Park Lane, que me hicieron ponerme en marcha antes de lo previsto porque el caso no solo me resultaba atractivo por sus propios méritos, sino que parecía ofrecer interesantes oportunidades de tipo personal. Llegué en seguida a Londres, me presenté en Baker Street provocándole un violento ataque de histeria a la señora Hudson, y comprobé que Mycroft había mantenido mis habitaciones y mis papeles tal y como siempre habían estado. Y así, querido Watson, a las dos en punto del día de hoy me encontraba sentado en mi vieja butaca, en mi vieja habitación, deseando que mi viejo amigo Watson ocupara la otra butaca, que tantas veces había adornado con su persona.



Este fue el extraordinario relato que escuché aquella tarde de abril, un relato que me habría parecido absolutamente increíble de no haberlo confirmado la visión de la alta y enjuta figura y del rostro agudo y vivaz que yo habría creído que nunca volvería a ver. De algún modo, Holmes se había enterado de la trágica pérdida que yo había sufrido, y demostró sus simpatías con sus maneras mejor que con sus palabras. —El trabajo es el mejor antídoto contra las penas, querido Watson —dijo—, y esta noche tengo una tarea

para nosotros, la que, si consigo rematarla con éxito, justificaría por sí sola la vida de un hombre en este mundo.



Reflexiona.

¿Qué tarea van a emprender?

¿Tendrá que ver con el crimen del joven Ronald Adair?

Le rogué en vano que me explicara algo más.

—Antes de que amanezca habrá visto y oído lo suficiente —respondió—. Hay mucho que hablar sobre los tres últimos años. Así ocuparemos el tiempo hasta las nueve y media, hora en que emprenderemos la trascendental aventura de la casa vacía.

A la hora mencionada, verdaderamente como en los viejos tiempos, yo iba sentado junto a Holmes en un cabriolé, con un revólver en el bolsillo y la emoción de la aventura en el corazón. Cada vez que la luz de las farolas iluminaba sus austeras facciones, yo me fijaba en que tenía las cejas fruncidas y los finos labios apretados, en señal de reflexión. Yo no sabía qué clase de fiera salvaje íbamos a cazar en la tenebrosa selva del delito de Londres, pero por la actitud de aquel maestro de cazadores me daba perfecta cuenta de que la aventura era de las más serias, y la sonrisa sardónica que de cuando en cuando rompía su ascética seriedad no presagiaba nada bueno para el objeto de nuestra persecución.

Había pensado que nos dirigíamos a Baker Street, pero Holmes hizo detener el coche en la esquina de Cavendish Square. Al bajarse, me fijé en que dirigía inquisitivas miradas a derecha e izquierda, y cada vez que llegábamos a una esquina tomaba las máximas precauciones para asegurarse de que nadie nos seguía. Holmes conocía a la perfección todas las callejuelas de Londres, y en esta ocasión me llevó con paso rápido y seguro a través de una red de cocheras y establos cuya existencia yo ni siquiera había sospechado. Salimos por fin a una callecita de casas antiguas y fúnebres por las que llegamos a Manchester Street, y de ahí a Blanford Street. Aquí nos metimos rápidamente por un es-

trecho pasaje, cruzamos un portón de madera que daba a un patio desierto y entonces Holmes sacó una llave y abrió la puerta trasera de una casa. Entramos en ella y Holmes cerró la puerta con llave.



Reflexiona.

¿Se encuentran en el lugar del crimen?

¿El lugar tiene que ver con el esclarecimiento del crimen?

Aunque la oscuridad era absoluta, resultaba evidente que se trataba de una casa vacía. Nuestros pies hacían crujir y rechinar las tablas desnudas del suelo, y al extender la mano toqué una pared cuyo empapelado colgaba en jirones. Los fríos y huesudos dedos de Holmes se cerraron alrededor de mi muñeca y me guiaron a través de un largo vestíbulo, hasta que percibí la luz mortecina que se filtraba por el sucio tragaluz de la puerta. Entonces Holmes giró bruscamente a la derecha y nos encontramos en una amplia habitación cuadrada, completamente vacía, con los rincones envueltos en sombras y el centro débilmente iluminado por las luces de la calle. No había ninguna lámpara a mano y las ventanas estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo, de manera que apenas podíamos distinguir nuestras figuras. Mi compañero me puso la mano sobre el hombro y acercó los labios a mi oreja.

—¿Sabe usted dónde estamos? —susurró.

—Yo diría que esa es Baker Street —respondí, mirando a través de la polvorienta ventana.

—Exacto. Nos encontramos en Camden House, justo enfrente de nuestros viejos aposentos.

—¿Y por qué estamos aquí?



Reflexiona.

¿Cuál es la razón de estar en ese lugar?

—Porque aquí disfrutamos de una excelente vista de esa pintoresca mole. ¿Tendría la amabilidad, querido Watson, de acercarse un poco más a la ventana, con mucho cuidado para que nadie pueda verle, y echar un vistazo a nuestras viejas habitaciones, punto de partida de tantas de nuestras pequeñas aventuras? Veamos si mis tres años de ausencia me han hecho perder la capacidad de sorprenderle.

Avancé con cuidado y miré hacia la ventana que tan bien conocía. Al posar los ojos en ella, se me escapó una exclamación de asombro. La persiana estaba bajada y una fuerte luz iluminaba la habitación. A través de la persiana iluminada se distinguía claramente la negra silueta de un hombre sentado en un sillón. La postura de la cabeza, la forma cuadrada de los hombros, las facciones afiladas, todo resultaba inconfundible. Tenía la cara medio ladeada, y el efecto era similar al de aquellas siluetas de cartulina negra que nuestros abuelos solían enmarcar. Se trataba de una imagen perfecta de Holmes. Tan asombrado me sentía que extendí la mano para asegurarme de que el original se encontraba a mi lado. Allí estaba, estremeciéndose de risa silenciosa.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¡Es maravilloso!

—Parece que ni los años han ajado ni la rutina ha viciado mi infinita variedad —dijo Holmes, y se notaba en su voz la alegría y el orgullo del artista ante su creación—. Se parece bastante a mí, ¿no cree?

—Estaría dispuesto a jurar que es usted.

—El mérito de la ejecución debe atribuirse a monsieur Oscar Meunier, de Grenoble, que invirtió varios días en el modelado. Se trata de un busto de cera. El resto lo apañé yo esta tarde, durante mi visita a Baker Street.

—Pero, ¿por qué?

—Porque, mi querido Watson, tenía toda clase de razones para desear que ciertas personas creyeran que yo estaba aquí, cuando en realidad me encontraba en otra parte.

—¿Sospecha usted que alguien vigilaba esta casa?

—Sabía que la vigilaban.

—¿Quiénes?

—Mis antiguos enemigos, Watson. La encantadora organización cuyo jefe yace en la catarata de Reichenbach. Recuerde usted que ellos, y solo ellos, saben que sigo vivo. Suponían que tarde o temprano regresaría a mis habitaciones, así que montaron una vigilancia permanente y esta mañana me vieron llegar.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque reconocí a su centinela al mirar por la ventana. Se trata de un tipejo inofensivo, apellidado Parker, estrangulador de oficio y muy buen tocador de birimbao. Él no me preocupaba nada. Pero sí que me preocupaba, y mucho, el formidable personaje que tiene detrás, el amigo íntimo de Moriarty, el hombre que me arrojó las rocas en el desfiladero, el criminal más astuto y peligroso de Londres. Ese es el hombre que viene por mí esta noche, Watson; pero lo que no sabe es que nosotros vamos por él.



Reflexiona.

¿Cuál es la razón de permanecer en ese lugar?

Poco a poco, los planes de mi amigo se iban revelando. Desde aquel cómodo escondite podíamos vigilar a los vigilantes y perseguir a los perseguidores. La silueta angulosa de la casa de enfrente era el cebo y nosotros éramos los cazadores. Aguardamos silenciosos en la oscuridad, observando las apresuradas figuras que pasaban y volvían a pasar frente a nosotros. Holmes permanecía callado e inmóvil, pero yo me daba cuenta de que se mantenía en constante alerta, sin despegar los ojos de la corriente de transeúntes. Era una noche fría y turbulenta y el viento silbaba estridentemente a lo largo de la calle. Muchas personas iban y venían, casi todas embozadas en sus abrigo y bufandas. Una o dos veces, me pareció ver pasar una figura que ya había visto antes, y me fijé sobre todo en dos hombres que parecían resguardarse del

viento en el portal de una casa, a cierta distancia calle arriba. Intenté llamar la atención de mi compañero hacia ellos, pero Holmes dejó escapar una exclamación de impaciencia y continuó clavando la mirada en la calle. Más de una vez dio pataditas en el suelo y tamborileó rápidamente con los dedos en la pared. Resultaba evidente que se estaba impacientando y que sus planes no iban saliendo tal y como había calculado. Por fin, ya cerca de la medianoche, cuando la calle se iba vaciando poco a poco, Holmes se puso a dar zancadas por la habitación, presa de una agitación incontrolable. Me disponía a hacer algún comentario cuando levanté la mirada hacia la ventana iluminada y sufrí una nueva sorpresa, casi tan fuerte como la anterior. Agarré a Holmes por el brazo y señalé hacia arriba.

—¡La sombra se ha movido!

Efectivamente, y no la veíamos de perfil, sino que ahora nos daba la espalda.

Evidentemente, los tres años de ausencia no habían suavizado las asperezas de su carácter ni su irritabilidad ante inteligencias menos activas que la suya.

—¡Pues claro que se ha movido! —bufó—. ¿Me cree tan chapucero, Watson, como para colocar un monigote inmóvil y esperar que varios de los hombres más astutos de Europa se dejen engañar por él? Llevamos dos horas en esta habitación, y durante este tiempo la señora Hudson ha cambiado de posición el busto ocho veces, es decir, cada cuarto de hora. Se acerca siempre por delante de la figura, de manera que no se vea su propia sombra. ¡Ah!



Reflexiona.

¿Cuál es la razón para que Holmes permanezca en esa casa?

Holmes aspiró con agitación. En la penumbra del cuarto pude ver que inclinaba la cabeza hacia delante, con todo el cuerpo rígido, en actitud de atención. Es posible que los dos hombres que yo había visto siguieran acurrucados en el portal, pero ya no los veía. Toda la calle estaba silenciosa y oscura, con excepción de aquella brillante ventana amarilla que teníamos enfrente, con la negra silueta proyectada en su centro. En medio del absoluto silencio vol-

ví a oír aquel suave silbido que indicaba una intensa emoción reprimida. Un instante después, Holmes me arrastró hacia el rincón más oscuro de la habitación y me puso la mano sobre la boca en señal de advertencia. Los dedos que me aferraban estaban temblando. Jamás había visto tan alterado a mi amigo, a pesar de que la oscura calle permanecía aún desierta y silenciosa.

Pero, de pronto, percibí lo que sus sentidos, más agudos que los míos, ya habían captado. A mis oídos llegó un sonido bajo y furtivo que no procedía de Baker Street, sino de la parte trasera de la casa en la que nos ocultábamos. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse. Un instante después, se oyeron pasos en el pasillo, pasos que pretendían ser sigilosos, pero que resonaban con fuerza en la casa vacía. Holmes se agazapó contra la pared y yo hice lo mismo, con la mano cerrada sobre la culata de mi revólver. Atisbando a través de las tinieblas, logré distinguir los contornos difusos de un hombre, una sombra apenas más negra que la negrura de la puerta abierta. Se quedó parado un instante y luego avanzó para entrar en la habitación, encogido y amenazador. La siniestra figura se encontraba a menos de tres metros de nosotros, y yo ya tensaba los músculos, dispuesto a resistir su ataque, cuando me di cuenta de que él no había advertido nuestra presencia. Pasó muy cerca de nosotros, se acercó con sigilo a la ventana y la alzó como un palmo, con mucha suavidad y sin hacer ruido. Al agacharse hasta el nivel de la abertura, la luz de la calle, ya sin el filtro del cristal polvoriento, cayó de lleno sobre su rostro. El hombre parecía fuera de sí a causa de la emoción. Sus ojos brillaban como estrellas y sus facciones temblaban. Se trataba de un hombre de edad avanzada, con nariz fina y pronunciada, frente alta y calva, y un enorme bigote canoso. Llevaba un sombrero de copa echado hacia atrás, y bajo su abrigo desabrochado brillaba la pechera de un traje de etiqueta. Su rostro era sombrío y atezado, surcado por profundas arrugas. En la mano llevaba algo que parecía un bastón, pero que al apoyarlo en el suelo resonó con ruido metálico. A continuación, sacó del bolsillo de su abrigo un objeto voluminoso y se enfrascó en una tarea que concluyó con un fuerte chasquido, como el que produce un muelle o un resorte al encajar en su sitio. Siempre con las rodillas en el suelo, se inclinó hacia delante, aplicando todo su peso y su fuerza sobre alguna especie de palanca; el resultado fue un prolongado chirrido que terminó también con un fuerte chasquido. Entonces el hombre se enderezó y vi que lo que sostenía en la mano era una especie de fusil, con una culata de forma extraña. Abrió la recámara, metió algo en ella y cerró de golpe el cerrojo. Luego se

volvió a agachar, apoyó el extremo del cañón en el borde de la ventana abierta y vi cómo sus largos bigotes rozaban la culata mientras sus ojos brillaban al enfilar el punto de mira. Oí un ligero suspiro de satisfacción cuando se acomodó la culata en el hombro y comprobé el magnífico blanco que ofrecía la silueta negra sobre fondo amarillo, en plena línea de tiro. El hombre permaneció rígido e inmóvil durante un instante y luego su dedo se cerró sobre el gatillo. Se oyó un fuerte y extraño zumbido y el prolongado tintineo de un cristal hecho pedazos. En aquel instante, Holmes saltó como un tigre sobre la espalda del tirador y le hizo caer de bruces. Pero, al momento, volvió a levantarse y agarró a Holmes por el cuello con la fuerza de un loco. Le golpeé en la cabeza con la culata de mi revólver y cayó de nuevo al suelo. Me lancé sobre él y, mientras lo sujetaba, mi compañero hizo sonar con fuerza un silbato. Se oyeron pasos que corrían por la acera y dos policías de uniforme, más un inspector de paisano, penetraron en tromba por la puerta delantera.



Reflexiona.

¿Quién es ese hombre?

¿Qué relación tiene con lo que le ocurrió a Holmes?

¿Qué relación tiene con el crimen que investiga Watson?

—¿Es usted, Lestrade? —preguntó Holmes.

—Sí, señor Holmes. Quise ocuparme yo mismo de este asunto. ¡Qué alegría volverle a ver en Londres, señor!

—Pensé que no le vendría mal un poco de ayuda extraoficial. Tres asesinatos sin resolver en un año no indican nada bueno, Lestrade. Sin embargo, en el misterio de Molesey no se comportó usted con su habitual..., quiero decir, lo llevó usted bastante bien.

Nos habíamos puesto de pie y nuestro prisionero jadeaba ruidosamente con un fornido policía a cada lado. En la calle empezaban ya a reunirse grupillos de curiosos. Holmes se acercó a la ventana, la cerró y bajó las persianas. Lestrade había sacado dos velas y los policías habían destapado sus linternas. Entonces pude, por fin, echarle un buen vistazo a nuestro prisionero.

El rostro que nos encaraba era tremendamente viril, pero de expresión siniestra, con la frente de un filósofo por arriba y la mandíbula de un depravado por abajo. Debía de tratarse de un hombre con grandes dotes tanto para el bien como para el mal, pero resultaba imposible mirar sus ojos azules y crueles, con los párpados caídos y la mirada cínica, o la agresiva nariz en punta y la amenazadora frente surcada de arrugas, sin leer en ellos las claras señales de peligro colocadas por la Naturaleza. No hacía caso de ninguno de nosotros y mantenía los ojos clavados en el rostro de Holmes, con una expresión que combinaba a partes iguales el odio y el asombro. Y no dejaba de murmurar entre dientes:



Reflexiona.

¿Lestrade y Holmes se conocen de hace tiempo?
¿Qué relación hay entre ellos?

—¡Maldito demonio! ¡Maldito demonio astuto!

—¡Ah, coronel! —dijo Holmes, arreglándose el arrugado cuello de la camisa—. Nunca es tarde si la dicha es buena, como dice el refrán. Creo que no he tenido el gusto de verlo desde que me hizo objeto de sus atenciones cuando yo estaba en aquella cornisa sobre la catarata de Reichenbach.

El coronel seguía mirando a mi amigo como si estuviera en trance.

—Todavía no los he presentado —dijo Holmes—. Este caballero es el coronel Sebastian Moran, que perteneció al ejército de Su Majestad en la India y que ha sido el mejor cazador de caza mayor que ha producido nuestro Imperio Occidental. ¿Me equivoco, coronel, al decir que nadie le ha superado aún en número de tigres cazados?

El feroz anciano no dijo nada y siguió fulminando con la mirada a mi compañero; con sus ojos de salvaje y su hirsuto bigote, él mismo se parecía prodigiosamente a un tigre.

—Parece mentira que mi sencillísima estratagema haya engañado a un *shikari* con tanta experiencia —dijo Holmes—. Debería resultarle muy conocida. ¿Nunca ha atado usted un cabrito debajo de un árbol, para apostarse entre las ramas con su rifle y aguardar a que el cebo atrajera al tigre? Pues esta casa vacía es mi árbol y usted es mi tigre. Es posible que llevara usted rifles de reserva, por si se presentaban varios tigres o por si se daba la improbable circunstancia de que le fallara la puntería. Pues bien —dijo señalando a su alrededor—, estos son mis rifles de reserva. El paralelismo es exacto.

El coronel Moran dio un paso adelante, rugiendo de rabia, pero los policías le hicieron retroceder. La furia que despedía su rostro era algo terrible de contemplar.

—Confieso que me tenía usted reservada una pequeña sorpresa —continuó Holmes—. No se me ocurrió que también usted utilizaría esta casa vacía y esta ventana tan conveniente. Había supuesto que actuaría usted desde la calle, donde mi amigo Lestrade y sus alegres camaradas le estaban aguardando. Exceptuando este detalle, todo ha salido como yo esperaba.



Reflexiona.

¿Por qué lo quieren detener?
¿Lo quieren ver muerto?, ¿por qué?

El coronel Moran se volvió hacia el inspector.

—Puede que tengan ustedes una causa justificada para detenerme y puede que no —dijo—. Pero, desde luego, no existe razón alguna por la que tenga que aguantar las burlas de este individuo. Si estoy en manos de la ley, que las cosas se hagan de manera legal.

—Bien, eso es bastante razonable —dijo Lestrade—. ¿No tiene nada más que decir antes de que nos vayamos, señor Holmes?

Holmes había recogido del suelo el potente fusil de aire comprimido y estaba examinando su mecanismo.

—Un arma admirable y originalísima —dijo—. Silenciosa y de tremenda potencia. Llegué a conocer a Von Herder, el mecánico alemán ciego que la construyó por encargo del difunto profesor Moriarty. Durante años he sabido de su existencia, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad de examinarla. Se la encomiendo de manera muy especial, Lestrade, junto con sus correspondientes balas.

—Puede usted confiarla a nuestro cuidado, señor Holmes —dijo Lestrade mientras todo el grupo se dirigía hacia la puerta—. ¿Algo más?

—Solo preguntar de qué piensa usted acusar al detenido.

—¿De qué, señor? Pues, naturalmente, de intentar asesinar al señor Sherlock Holmes.

—De eso, nada, Lestrade. No tengo ninguna intención de aparecer en el asunto. A usted, y solo a usted, le corresponde el mérito de la importantísima detención que acaba de practicar. Sí, Lestrade, le felicito. Con su habitual combinación de astucia y audacia, ha conseguido usted atraparlo. [...]

Después de la lectura

❶ **Reflexiona acerca del contenido de la lectura.**

El marinero de Ámsterdam*

(Cuento)

Guillaume Apollinaire (Francia, 1880-1918)



Reflexiona.

¿Qué te sugiere el título?

¿Qué tipo de aventuras crees que viva el marinero?

El bergantín holandés Alkmaar regresaba de Java cargado de especias y otras mercancías preciosas.

Hizo escala en Southampton, y a los marineros se les dio permiso para bajar a tierra.

Uno de ellos, Hendrikk W., llevaba un mono sobre el hombro derecho, un loro sobre el izquierdo y, en bandolera, un fardo de telas indias que tenía intención de vender en la ciudad, junto con los animales.

Era a principios de primavera, y la noche caía todavía temprano. Hendrikk W. caminaba a paso ligero por las calles algo brumosas que la luz de gas apenas iluminaba. El marinero pensaba en su próximo regreso a Ámsterdam, en su madre, a la que no había visto en tres años, en su prometida, que le esperaba [...] Sopesaba el dinero que conseguiría de los animales y de las telas y buscaba una tienda en donde vender tales mercancías exóticas.

[...] un caballero vestido muy pulcramente le abordó, preguntándole si buscaba comprador para su loro:

* <http://narrativabreve.com/2013/11/cuento-breve-marinero-amsterdam-guillaume-apollinaire.html> Consultado el 30 de septiembre de 2016.



Reflexiona.

¿Qué pensaba el marinero acerca de su regreso, de su madre y de su novia?

¿Cómo te imaginas que será el comprador? ¿Por qué se interesó por el loro?

—Este pájaro —dijo— me vendría muy bien. Necesito a alguien que me hable sin que yo tenga que contestarle, pues vivo completamente solo.

Como la mayoría de los marineros holandeses, Hendrikk W. hablaba inglés. Puso un precio que el desconocido aceptó.

—Sígueme —dijo este—. Vivo bastante lejos. Usted mismo colocará el loro en una jaula que hay en mi casa. Me mostrará también sus telas, y puede que haya entre ellas algunas que me gusten.

Muy contento por el trato hecho, Hendrikk W. se fue con el caballero (*sic*) ante el cual, en la esperanza de poder vendérselo también, elogió al mono, que era, decía, de una raza bien rara, una de esas cuyos individuos mejor resisten el clima de Inglaterra y que más se encariñan con el dueño.

Pero pronto Hendrikk W. dejó de hablar. Malgastaba en vano sus palabras, puesto que el desconocido no le respondía y ni siquiera parecía escucharle.



Reflexiona.

¿Cuál será el interés del desconocido por llevar al marinero a su casa?

¿Qué crees que haga Hendrikk?

¿Cómo continuará este cuento?

Continuaron el camino en silencio, el uno al lado del otro. Solos, añorando sus bosques natales en los trópicos, el mono, asustado por la bruma, soltaba de vez en cuando un gritito parecido al vagido de un recién nacido y el loro batía las alas.

Al cabo de una hora de marcha, el desconocido dijo bruscamente:

—Nos acercamos a mi casa.



Reflexiona.

¿Cuáles son los comportamientos del desconocido, del mono y del loro al entrar al bosque?

¿Cómo imaginas que será el lugar donde está la casa del desconocido?

Habían salido de la ciudad. El camino estaba bordeado de grandes parques cercados con verjas; de vez en cuando brillaban, a través de los árboles, las ventanas iluminadas de una casita de campo, y se oía a intervalos en la lejanía el grito siniestro de una sirena en el mar.

El desconocido se paró ante una verja, sacó de su bolsillo un manojo de llaves y abrió la cancilla, que volvió a cerrar una vez Herdriek la hubo franqueado.



Reflexiona.

¿Cómo será la casa del desconocido?

¿Qué crees que piensa el marinero al ver la casa?

¿Cómo seguirá la historia?

El marinero estaba impresionado: apenas distinguía, al fondo de un jardín, una casa de bastante buena apariencia, pero cuyas persianas cerradas no dejaban pasar luz alguna. El desconocido silencioso, la casa sin vida, todo le resultaba bastante lúgubre. Pero Hendriek se acordó de que el desconocido vivía solo.

“¡Es un excéntrico!” pensó, y como un marinero holandés no es lo suficientemente rico como para que se le engañe con el fin de desvalijarlo, se avergonzó de su instante de ansiedad.

—Si tiene cerillas, ilumíneme —dijo el desconocido metiendo la llave en la cerradura de la puerta de la casa.

El marinero obedeció y, una vez dentro de la casa, el desconocido trajo una lámpara que pronto iluminó un salón amueblado con buen gusto.

Hendrikk W. estaba totalmente tranquilo. Alimentaba la esperanza de que su extraño compañero le comprara una buena parte de sus telas.

El desconocido, que acababa de salir del salón, volvió con una jaula:

—Meta aquí el loro —le dijo—. No lo pondré en una percha hasta que se haya domesticado y sepa decir lo que quiero que diga.



Reflexiona.

¿Cómo te ha ido en tus predicciones?

¿Qué de lo que has leído pensarías que es un detalle que debes tomar en cuenta?

Después, tras haber cerrado la jaula en la que, espantado, quedó el pájaro, le pidió al marinero que cogiera la lámpara y fuese a la habitación contigua, en donde se encontraba, según decía, una mesa cómoda para extender las telas.

Hendrikk W. obedeció y fue a la alcoba que se le había indicado. De pronto, oyó que la puerta se cerraba tras él y que la llave giraba. Estaba prisionero. Trastornado, dejó la lámpara sobre la mesa y quiso arrojarla contra la puerta para tirarla abajo. Pero una voz le detuvo:

—¡Un paso más y es hombre muerto, marinero!



Reflexiona.

¿Qué pasará con el marinero?

¿Cuál será el propósito del desconocido al encerrar al marinero?

¿Qué giro dará la historia?

Levantando la cabeza, Hendrijk vio por un tragaluz en el que antes no había reparado que el cañón de un revólver le apuntaba. Aterrorizado, se detuvo.

No le era posible luchar: su navaja no iba a servirle en estas circunstancias; incluso un revólver le hubiera resultado inútil. El desconocido que lo tenía a su merced se escondía detrás de un muro, al lado del tragaluz desde el cual vigilaba al marinero, y por donde sólo pasaba la mano que esgrimía el revólver.



Reflexiona.

A partir de este momento tú harás cortes donde consideres necesario. Te recomendamos:

Hacer preguntas sobre lo sucedido y lo que pueda suceder posteriormente.

Fijarte en los detalles. Dale importancia a lo que dicen y los gestos de los personajes, lo que describe el narrador, entre otras cosas.

—Escúcheme —le dijo el desconocido— y obedezca. El servicio obligado que usted me va a prestar será recompensado. Pero no tiene elección. Es necesario que me obedezca sin dudar o lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa... Hay dentro un revólver de seis tiros, cargado con cinco balas... Cójalo.

El marinero holandés obedecía casi inconscientemente. El mono, subido a su hombro, gritaba de terror y temblaba. El desconocido continuó:

—Hay una cortina al fondo de la habitación. Descórrala.

Descorrida la cortina, Hendrijk vio un cuarto en el que, sobre una cama, atada de pies y manos y amordazada, una mujer le miraba con los ojos llenos de desesperación.

—Desate las ataduras de esta mujer —dijo el desconocido— y quítele la mordaza.

Ejecutada la orden, la mujer, muy joven y de una belleza admirable, se arrojó de rodillas ante el tragaluz, gritando:

—¡Harry, es una estratagema infame! Me has atraído a esta casa para asesinar-me. Has pretendido haberla alquilado para que pasáramos en ella los primeros días de nuestra reconciliación. Creía haberte convencido. ¡Pensaba que por fin estarías seguro de que yo no tuve nunca la culpa de nada! ¡Harry! ¡Harry! ¡Soy inocente!

—No te creo —dijo secamente el desconocido.

—¡Harry, soy inocente! —repitió la joven con voz estrangulada.

—Ésas son tus últimas palabras, las grabaré cuidadosamente. Se me repetirán toda mi vida.

Y la voz del desconocido tembló un poco, volviéndose rápidamente firme:

—Como todavía te amo —añadió—, te mataría yo mismo, si te quisiera menos. Pero me sería imposible, porque te amo... Ahora, marinero, si antes de que haya contado hasta diez no ha metido una bala en la cabeza de esta mujer, caerá muerto a sus pies. Uno, dos, tres...

Y antes de que el desconocido hubiera contado cuatro, Hendrijk, enloquecido, disparó sobre la mujer, quien, todavía de rodillas, le miraba fijamente. Cayó de bruces contra el suelo. La bala le había entrado en la frente. De inmediato, un disparo surgido del tragaluz le vino a dar al marinero en la sien derecha. Se desplomó sobre la mesa, mientras que el mono, lanzando agudos chillidos de horror, se refugiaba en su blusón.

Al día siguiente, algunos transeúntes que habían oído gritos extraños procedentes de una casa [...], advirtieron a la policía, que llegó rápidamente para forzar las puertas.

Encontraron los cadáveres de la joven dama y del marinero.

El mono, saliendo violentamente del blusón de su dueño, le saltó a la nariz a uno de los policías. Asustó tanto a todos que, retrocediendo algunos pasos, acabaron por abatirlo a tiros antes de atreverse a acercarse de nuevo a él.

La justicia informó. Parecía claro que el marinero había matado a la dama y que se había suicidado acto seguido. Sin embargo, las circunstancias del drama eran misteriosas. Los dos cadáveres fueron identificados sin problemas y todos se preguntaban cómo Lady Finngal, esposa de un par de Inglaterra, había sido encontrada sola, en una casa de campo solitaria, con un marinero llegado la víspera [...]

El propietario de la casa no pudo dar dato alguno que ayudara a la justicia a esclarecer los hechos. La casita había sido alquilada ocho días antes del drama a un tal Collins, [...] que además continuaba en paradero desconocido. Este Collins usaba anteojos y tenía una larga barba roja que bien podría ser falsa.

El lord llegó de Londres a toda prisa. Adoraba a su mujer y su dolor daba lástima a quien le veía. Como todo el mundo, no entendía nada de este asunto.

Después de estos acontecimientos, se retiró del mundo. Vive en su casa [...], sin otra compañía que la de un criado mudo y un loro que le repite sin cesar:

—¡Harry, soy inocente!

Después de la lectura

¿Esperabas este final?, ¿por qué?

¿Cuáles son los personajes principales del cuento?

¿Qué fue lo que la policía informó?

¿Cuáles fueron los hechos más importantes para entender el desenlace del cuento?

¿Cuáles son tus suposiciones acerca de lo que sucedió y que no se menciona en el cuento?

La realidad atrás de las historias

Aquí encontrarás lecturas que te transportarán a lo largo de la historia. Son hechos y sucesos que tienen una raíz histórica que enmarcan situaciones que han trascendido el tiempo.

Leerás hechos que nos muestran una realidad que tuvo sus orígenes en el pasado, y que actualmente se recuerdan como sucesos de gran importancia.



Tragicomedia mexicana 3*

A principios de 1985 la situación empeoró con las inversiones térmicas. El valle de México, rodeado de montañas, no permitía la fácil salida de contaminantes. En la mañana, cuando el sol ascendía, el aire caliente se elevaba y el frío ocupaba su lugar, pero, arriba, la capa de aire cálido se convertía en una especie de gran tapa que impedía la dispersión de los gases y los humos. Estos a su vez se hacían densos cuando no había vientos, lo cual era frecuente en el invierno por la orografía del valle. De esta forma, las inversiones térmicas convertían a la ciudad en una cámara de gases.

Ante esta calamidad, nos sorprendió que Marcelo Javelly fuera removido de la SEDUE y sustituido por Guillermo Carrillo Arenas, cuyo *highlight* curricular era haber dirigido el Fideicomiso de Acapulco y la construcción de Ciudad Renacimiento, el ghetto en donde el gobernador Rubén Figueroa concentró a los invasores del anfiteatro de la bahía de Acapulco. A Carrillo Arenas le tocó enfrentarse a los damnificados del temblor.



* José Agustín Ramírez. *Tragicomedia mexicana 3*, Editorial Planeta, México, 1998.

El 19 de septiembre de 1985, a las 7:19 de la mañana, México vivió la eternidad del instante cuando tuvo lugar el terremoto más devastador de la historia de nuestro país. Para no variar, el epifoco se localizó en las costas guerrerenses y la intensidad fue de 8.1 puntos en la escala de Richter.

El movimiento telúrico cimbró a buena parte del país, pero en la ciudad de México tuvo sus efectos más devastadores, especialmente en la zona céntrica, Tepito, Tlatelolco y la colonia Roma. Hubo 3 500 muertos, según cifras oficiales, y miles de heridos, desaparecidos y damnificados. Cayeron 250 construcciones, otras 50 quedaron a punto de desplomarse y más de mil resistieron serias fallas de estructura. Sucumbieron los hoteles Regis, Versalles, Continental, Principado, De Carlo, Romano y Montreal; y quedaron muy dañados el Del Prado (con el mural de Diego Rivera), Presidente y Chapultepec. Se desplomó el edificio Nuevo León de Tlatelolco y otros de la unidad quedaron muy maltrechos, al igual que numerosos hospitales y clínicas, especialmente el Centro Médico y el Hospital General. También tuvieron daños gravísimos los edificios públicos de Marina, Comunicaciones (con los murales de Juan O' Gorman), Comercio, Trabajo, Reforma Agraria, Procuraduría de Justicia del DF, CNOP, Gobernación y Salubridad. Cayeron y resultaron dañadas numerosas escuelas públicas (un millón de niños se quedó sin clases), estaciones del metro, centros de espectáculo y de cultura, comercios, restaurantes, edificios de departamentos, vecindades. El pavimento se levantó en parte de la ciudad y cayeron postes, cables eléctricos y telefónicos. Se suspendió la energía eléctrica, el agua y el transporte. Televisa dejó de transmitir por horas porque uno de sus edificios cayó con todo y su inmensa antena. Teléfonos, telégrafos y telex quedaron inutilizados, y los chilangos, incomunicados, enviaban incontables mensajes por la televisión para avisar a sus familiares en qué condiciones estaban.

El regente Ramón Aguirre Velázquez y los secretarios Bartlett (Gobernación), Arévalo Gardoqui (Defensa), Miguel Ángel Gómez Ortega (Marina), Daniel Díaz Díaz (Comunicaciones) y el director Ricardo García Sainz (IMSS) dieron una conferencia de prensa. La ciudad de México fue considerada zona de desastre. Arévalo anunció la aplicación del plan de emergencia para socorrer damnificados y evitar pillajes. Bartlett aseguró que la situación estaba controlada. El presidente De la Madrid, por su parte, hizo un recorrido por las zonas más devastadas y

declaró: “Estamos preparados para atender esta situación y no necesitamos recurrir a la ayuda externa. Agradecemos las buenas intenciones, pero somos autosuficientes.” Un día después reconoció que la tragedia había rebasado los esfuerzos del gobierno. “No podemos hacer lo que quisiéramos con la rapidez que también deseáramos, sobre todo para salvar vidas”, dijo en un mensaje televisado.

Pero en realidad el gobierno no supo qué hacer. Es verdad que llegaron los soldados, pero llevaban metralletas “en vez de picos y palas”, como asentó Elena Poniatowska, y se dedicaron a acordonar las calles para impedir que la gente saliera. Con todo y eso lo esencial del rescate lo llevó a cabo la misma población de la ciudad, que no esperó las acciones oficiales. Miles quedaron atrapados entre los escombros y se formaron de inmediato grupos de socorristas que arriesgaron su vida y se metieron entre las ruinas y los escombros para rescatar gente sepultada; eran los famosos “topos”. Un extraordinario, inesperado y oportuno sentimiento de solidaridad se dio entre muchos de los habitantes de la ciudad de México. Se formaban cadenas humanas para salvar a las víctimas; los taxis y peseros llevaban gratuitamente a los damnifi-



cados; médicos, enfermeras, plomeros y carpinteros ofrecieron sus servicios. La gente se compartía cobijas y ropa, improvisaba campamentos y métodos de salvamento, llevaba palas, gatos hidráulicos, tanques de oxígeno y todo tipo de herramientas. Se ayudaba mutuamente de una forma responsable y se organizaba con eficacia y sin perder tiempo.

Esa noche, la ciudad de México, a oscuras y silenciosa, era algo extrañísimo, jamás visto, escenario de ciencia ficción o imagen de pesadilla. Al día siguiente volvió a temblar, a las 19:40 horas, con una intensidad de 7.3 en la escala de Richter, y esa vez cundió el pánico en mucha gente. Otros 50 edificios se desplomaron y se vino abajo el que ya estaba apuntalado. Nuevamente se fue la luz y las fugas de gas proliferaron. Todos salieron espantadísimos a la calle con una sensación apocalíptica y con los nervios erizados. Se instalaron campamentos de damnificados en muchas calles de la ciudad y esto no le gustó nadita al gobierno que, exasperado, veía que la situación se le iba de las manos. Era un auténtico “vacío administrativo y de autoridad en el gobierno del DF en esta catástrofe”, observó un socorrista francés. El presidente De la Madrid finalmente aceptó la ayuda humanitaria del extranjero, pero esta no siempre llegó a quien la necesitaba, sino que se la quedaban los buitres de la burocracia.

Por su parte, Guillermo Carrillo Arenas, titular de la SEDUE, desde un principio causó problemas en vez de solucionarlos. Veía a los damnificados como enemigos políticos, no le gustaban los campamentos en las calles y pretendía demoler 23 edificios de Tlatelolco, precisamente los que habían iniciado una lucha por la administración. Trataba de escamotear las indemnizaciones lo más posible y evadir la construcción de viviendas. Sus tratos con los damnificados era prepotente e insultante. Ellos, por lo tanto, se organizaron y surgió la Coordinadora Única de Damnificados, la cual reunió a 26 grupos de distintas partes de la ciudad y organizó una manifestación de 30 mil víctimas del terremoto que se dirigió a Los Pinos. Exigían la renuncia de Carrillo Arenas y la solución de sus apremiantes problemas. En vez de eso, obtuvieron un terrible acoso policiaco, acciones intimidatorias y de provocación, además de que el PRI, aturcido por la movilización espontánea, masiva y autónoma de la sociedad, no pudo organizar ni mucho menos conducir la adhesión popular a las labores de rescate y auxilio de damnificados. Al contrario, se movió para desmovilizar a los grupos espontáneos de ayuda, des-

truía la propaganda de los damnificados y distribuía volantes que decían: “Malos mexicanos pretenden desorientarnos. Rechacemos cualquier actitud que ponga en peligro la vida de nuestros hijos y familiares.” Por su parte, Carrillo Arenas amenazaba con actuar en contra de los “líderes sedicentes que luchan por intereses inconfesables”. Naturalmente, entre los damnificados creció un fuerte sentimiento antipriista y antigubernista. Con el tiempo, el gobierno trató de minimizar la situación, pero no dejaban salir situaciones escandalosas, como cuando se descubrió que la mayoría de los edificios caídos o dañados, especialmente los oficiales, habían sido construidos en tiempos recientes con materiales de baja calidad para cometer diversos fraudes o para abatir costos. O el caso de las costureras de San Antonio Abad, cuya explotación despiadada (condiciones de trabajo inhumanas, bajísimos salarios e inexistentes medidas en talleres-bodegas semiclandestinas) salió a la superficie a causa del temblor y le dolió a toda la sociedad.



Carlos Monsiváis

El gobierno se movió con una exactitud exasperante y errática con todo lo relacionado con el sismo. Desde las primeras horas, en las que la maquinaria pesada no llegaba a las acciones del rescate, hasta el momento de enfrentar los efectos, el terremoto sacó a los tecnócratas de sus softwares y sus organigramas. Ellos, Que Habían Previsto Todo, jamás se imaginaron que un terremoto se volvería mítico y que de entrada significaría el acta de nacimiento oficial de la sociedad civil mexicana, esa señora que tanta importancia adquiriría a mediados de los noventa. Para Carlos Monsiváis, en 1985 la ciudad de México conoció una tormenta de poderes, “que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad”, y significó “la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil”.

El terremoto se volvía un lazo de unión y punto de partida de mucha gente que ya no creía en el gobierno y generó organizaciones urbanas muy comba-
tivas. Además de la Coordinadora Única de Damnificados (CUD), aparecieron la
Coordinadora de Luchas Urbanas (CLU), la Coordinadora Nacional del Movi-
miento Urbano Popular (CONAMUP), la UVyD (Unión de Vecinos y Damnificados
19 de sep) de Alejandro Varas, Fernando e Ignacio Betancourt, y la Asamblea
de Barrios (AB). De este entorno surgió también Superbarrio, un luchador social,
enmascarado como en la lucha libre, que con gran sentido del humor aparecía
en los movimientos populares a fines de los ochenta.

La ciudad se hallaba devastada. Todos coincidían en que semejaba haber vi-
vido un bombardeo. El presidente decretó entonces una expropiación de
predios urbanos para poder llevar a cabo la reconstrucción; pero la iniciativa
privada, que en ningún momento se había distinguido por su solidaridad, se
moletó; eso era populismo, estatismo socialismo, decía, así es que se reinició
con fuerza la salida de capitales y consecuentemente el dólar superlibre
aplastó al pobre peso. A finales de octubre la moneda estadounidense se
cotizaba a 450 pesos. Ciertamente el temblor representó un problema adicio-
nal para los planes económicos del gobierno, que de por sí andaba tamba-
leante desde el segundo trimestre de 1985 y ahora se veía obligado a gastar
dos billones de pesos para reconstrucción, además de los religiosos pagos al
extranjero: 10 mil millones de dólares de intereses de la deuda externa y
5 billones de pesos de la interna.

Después de la lectura



Reflexiona.

¿Qué crees que haya inspirado este escrito?

¿Qué relación tiene la investigación con la escritura de este
relato?

Lee la siguiente noticia.

Por Alberto Villegas

*La hora de la autenticidad**



La tragedia del 19 ha puesto en relieve luces y sombras de la realidad mexicana. Con toda razón los órganos de opinión pública han destacado la inmediata solidaridad con que reaccionó la mayoría del pueblo mexicano en socorro de los heridos y damnificados. La ayuda de las personas, que se realizó de manera espontánea, mostró eficacia

e inteligencia. Como lo han hecho notar varios comentaristas, el pueblo mostró una gran madurez que todavía con frecuencia se le regatea en el orden político y económico. Un pueblo que se solidariza de esta manera requiere que su sentido de comunidad y madurez le sean reconocidos en todos los órdenes.

62 **proceso** 30/septiembre/1985

* *México en shock: un presente en ruinas*, Proceso, núm. 465, 30 de septiembre de 1985. Director general: Julio Scherer García.

La participación popular mostró al gobierno la realidad de una frase que parece demagógica: que no se puede gobernar sin los gobernados, que si la mayoría no participa en la acción social, la acción del propio gobierno resulta ineficaz e intrascendente.

Hay que reconocer por otro lado, que la acción del gobierno se da en una situación muy apretada. Todos recordamos que en el temblor de 1957 el presidente Ruiz Cortines rechazó la

ayuda económica del exterior. Ahora, al parecer, hubo un criterio fluctuante: primero se pensó que no era necesaria y eso paralizó acciones que ya se estaban instrumentando en diversos países, pero luego se comprendió, como lo dijo el propio presidente, que la catástrofe había rebasado con mucho los recursos con que cuenta la nación para este tipo de fenómenos y fue entonces cuando la ayuda exterior se volcó ya de manera irrestricta.



Temblor 1985. © Fundación Héctor Gracia

La noche de Tlatelolco*

Todos los testimonios coinciden en que la repentina aparición de las luces de bengala en el cielo de la Plaza de las Tres Culturas de la Unidad habitacional Tlatelolco desencadenó la balacera que convirtió el mitin estudiantil del 2 de octubre en la tragedia de Tlatelolco.



A las cinco y media del 2 de octubre de 1968, aproximadamente diez mil personas se congregaron en la explanada de la Plaza de las Tres Culturas para escuchar a los oradores estudiantiles del Consejo Nacional de Huelga, los que desde el balcón desde el tercer piso del edificio Chihuahua se dirigían a la multitud compuesta en su gran mayoría por estudiantes, hombres y mujeres, niños y ancianos sentados en el suelo, vendedores ambulantes, amas de casa con niños en brazos, habitantes de la Unidad, transeúntes que se

detuvieron a curiosar, los habituales mirones y muchas personas que vinieron a darse una “asomadita”. El ambiente era tranquilo a pesar de que la policía, el ejército y los granaderos habían hecho un gran despliegue de fuerza. Muchachos y muchachas estudiantes repartían volantes, hacían colectas con los botes con las siglas CNH, vendían periódicos y carteles, y, en el tercer piso del edificio, además de los periodistas que *cubren* las fuentes nacionales había corresponsales y fotógrafos extranjeros enviados para informar sobre los Juegos Olímpicos que habrían de iniciarse diez días más tarde.

Hablaron algunos estudiantes; un muchacho hacía las presentaciones, otro, de la UNAM, dijo: “El movimiento va a seguir a pesar de todo”, otro del IPN: “...se ha despertado la conciencia cívica y se ha politizado a la familia mexicana”; una muchacha que impresionó por su extrema juventud, habló

* Elena Poniatowska. *La noche de Tlatelolco*. Era, México, 1974.

del papel de las brigadas. Los oradores atacaron a los políticos, a algunos periódicos, y propusieron el boicot contra el diario *El Sol*. Desde la rampa del tercer piso vieron cómo hacía su entrada un grupo de trabajadores que portaba una manta: “Los ferrocarrileros apoyamos el Movimiento y desconocemos las pláticas Romero Flores-GDO.” Este contingente obrero fue recibido con aplausos. El grupo de ferrocarrileros anunció paros escalonados desde “mañana 3 de octubre en apoyo del Movimiento Estudiantil”.

Cuando un estudiante apellidado Vega anunciaba que la marcha programada al Casco de Santo Tomás del Instituto Politécnico Nacional no se iba a llevar a cabo, en vista del despliegue de fuerzas públicas y de la posible represión, surgieron en el cielo las luces de bengala que hicieron que los concurrentes dirigieran automáticamente su mirada hacia arriba. Se oyeron los primeros disparos. La gente se alarmó. A pesar de que los líderes del CNH desde el tercer piso del edificio Chihuahua, gritaban por el altavoz: “¡No corran compañeros, no corran, son salvas!... ¡No se vayan, no se vayan, calma!”, la desbandada fue general. Todos huían despavoridos y muchos caían en la plaza, en las ruinas prehispánicas frente a la iglesia de Santiago Tlatelolco. Se oía el fuego cerrado y el tableteo de ametralladoras. A partir de ese momento, la Plaza de las Tres Culturas se convirtió en un infierno.



Después de la lectura

Reflexiona.



¿Qué crees que haya inspirado este escrito?
¿Qué relación tiene con la investigación?

■ Lee la siguiente noticia.

EXCELSIOR

EL PERIÓDICO DE LA VIDA NACIONAL

Edificio “Chihuahua”: 18 Hrs

- Luces de Bengala, Quizá una Señal
- Llegan Policías Pistola en Mano
- Disparos. Todos al cuarto 210

Por Miguel Ángel Martínez Agis
Reportero de EXCELSIOR

Tercer piso del edificio “Chihuahua”. Poco más de 10,000 personas en la plaza de las “Tres Culturas”. Tres estudiantes han usado el micrófono. Uno de ellos para las presentaciones, otro del Politécnico y uno más de la Universidad.

En el balcón central del edificio están los periodistas, algunos fotógrafos y camarógrafos. Reporteros y corresponsales extranjeros.

Los oradores atacaron a los políticos, a algunos periódicos, inclusive llegaron a proponer el boicot contra un diario capitalino.

Entre aplausos fueron recibidos unos obreros. Se dijo que eran ferrocarrileros. Exhibían una manta que decía: “ Los Ferrocarrileros Apoyamos el Movimiento y Desconocemos las Pláticas Romero Flores-GDO”.

Inclusive, algunos de ellos anunciaron la iniciación de paros escalonados.

Cuatro luces de Bengala de color verde cayeron sobre los espejos de agua. Eran las 18:10 horas.

Varios centenares de agentes de la Policía Judicial, de la Procuraduría General de la República, de la Dirección Federal de Seguridad, llegaron y gritaron a los periodistas: “¡Bájense!” Llevaban las pistolas en la mano.

Los mismos agentes decían a los estudiantes:

“¡Alto aquí. Nadie se mueve...!”

* *Excélsior*. México, D. F., jueves 3 de octubre de 1968 / año LII / Tomo V / director general: Julio Scherer García.



Tienes en tus manos el placer y el conocimiento del mundo, ya que la Antología te proporciona una gama de historias y cuentos que despertarán tu imaginación y te conducirán a un viaje para que vivas con emoción, angustia, incertidumbre, pasión e inquietud cada uno de los acontecimientos que en ellos se narran.

La lectura te hará recorrer caminos insospechados, te encadenará con sus relatos, recreará tu mundo, te sumirá en la desesperación por llegar al final y te conducirá a un mundo de sabiduría.